héroes del ESPACIO

NOVELAS ECSA

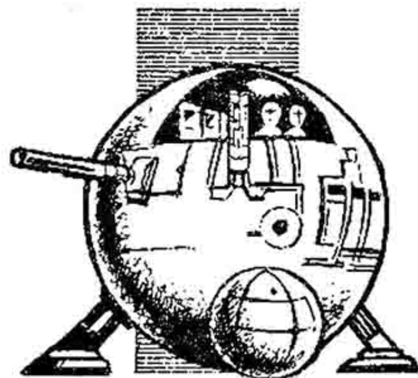
MAREA COSMICA

CLARK CARRADOS





héroes del ESPACIO



ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

50 — *Infierno galáctico,* Eric Sorenssen.
51 — *El capitán Unicornio,* Trevor Sanders.
52 — *Misterio en la «N» dimensión,* Clark Carrados.
53 — *La otra cara del Nirvana,* Rocco Sarto.
54 — *S.O.S. galaxia,* Eric Sorenssen.

CLARK CARRADOS

MAREA COSMICA

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.º 55
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 8.930-1981

Impreso en España · Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1981

**Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23**

**Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981**

CAPITULO PRIMERO

El poderoso cohete volaba a través del espacio, dejando una finísima estela roja, a una velocidad superior a los 500 km/seg. De pronto, chocó con algo y se deshizo en una fulgurante bola de mil colores, que desapareció en pocos instantes, en medio de un absoluto silencio

En su puesto de mando, el capitán de navío Cayo Archer dirigía las operaciones de defensa del que ya era el último puesto avanzado de la Tierra. Le llamaban Fuerte Seguridad, pero el capitán Archer dudaba mucho de lo apropiado del nombre.

—Primer ataque rechazado —informó alguien a través de un altavoz.

—Eleven potencia energía al límite total —ordenó Archer—. El asalto es inminente.

Delante de él, había una vasta sala llena de pantallas y mesas de comunicación, ocupadas por los especialistas. Archer podía abarcar de una sola mirada el último reducto —acero, cristal y cemento—, que quedaba ya entre los atacantes y la Tierra.

—Noticias del Cuarto Sector —informó otro—. Venecia Dos y Nueve han caído... Un momento, señor... Nereid ha sido destruido también.

Archer se sintió invadido de una infinita amargura. Eran los pequeños fuertes que rodeaban al central, a cuyo mando se encontraba ahora, después de muerto el almirante Vernon al trasladarse en una pequeña nave, para un viaje de inspección. Sharps, Troya 5, Saipán 2, Bensdorp... también habían formado parte de la esfera protectora y ahora no eran más que minúsculas partículas de metal y sangre humana, que se habían disuelto en el espacio.

En la gran pantalla que señalaba la posición de los fortines avanzados, sólo quedaba ya un punto rojo. De pronto, se vio un chispazo y el punto rojo desapareció.

—Venecia Catorce ha caído, señor.

Las mandíbulas de Archer se contrajeron. Ya nada quedaba entre el enemigo y ellos, entre los atacantes y Fuerte Seguridad..., salvo la decisión de defenderse a toda costa y los generadores que proporcionaban al colosal satélite la energía necesaria en todos los aspectos.

A través de la gran cúpula acristalada, Archer podía ver los puestos artilleros, apuntando a todas las direcciones. Aún no habían disparado un solo cohete; sólo habían utilizado la esfera de la energía, para rechazar las primeras descargas de tanteo.

Un oficial de enlace se le acercó de pronto con un papel en la mano.

—Mensaje directo-del Gran Estado Mayor, señor.

Archer tomó el papel y leyó:

«Fallecido almirante Vernon acción de guerra, tomará mando operaciones defensivas, contraatacando con todos los medios disponibles. Debe defender Fuerte Seguridad hasta el último hombre. Queda excluida toda idea de rendición.»

—Ja —dijo Archer amargamente.

En la Tierra, a mil metros bajo la superficie, era fácil ordenar una cosa semejante. Pero él, con sus hombres, estaba en un satélite, a unos cinco millones de kilómetros por delante de la órbita de la Luna. Fuerte Seguridad era grande, sólido, bien armado..., pero era solamente un astro artificial.

Dos kilómetros de diámetro, inmensas galerías subterráneas, enormes depósitos de agua, víveres y armamento..., hospitales, salas de recreo y de descanso..., y todo acabaría en cenizas cuando la poderosísima Armada de Knaryl lanzase el último y definitivo ataque.

Llegó otro mensajero. El despacho era de un contenido muy diferente, aunque, pensó Archer, ¿de qué le serviría ya?

«Se le confiere el grado de contraalmirante Felicidades.»

Archer hizo una bola con el papel y lo tiró a un lado.

—A buenas horas...

Un altavoz bramó súbitamente:

—¡Atención! ¡El enemigo ha disparado una salva de, por lo menos, veinte proyectiles!

Archer se inclinó sobre el intercomunicador.

—Todos los puestos artilleros, contesten al fuego enemigo. Utilicen sus municiones sin tasa, hasta el último cartucho.

Era una frase más bien ritual. Los puestos artilleros no usaban granadas convencionales.

—Segunda salva enemiga, en camino —anunció el observador.

Archer apretó los labios.

Ya no quedaba más que esperar. La primera salva destruiría la esfera de energía…

El satélite crujió repentinamente, cuando veinte proyectiles enemigos hicieron explosión en diez segundos. Colosales fogonazos penetraron en la sala de mando a través de los enormes ventanales. Al mismo tiempo, todos los puestos artilleros iniciaban el lanzamiento de sus cohetes, en salvas que parecían disparadas por ametralladoras de gigantescas dimensiones.

Durante unos pocos minutos, hubo un indescriptible chisporroteo multicolor cuyos resplandores dañaban cruelmente las retinas. Pero, a pesar de todo, las barreras de la defensa empezaron a ceder.

Desde su puesto, Archer vio saltar en pedazos los puestos coheteros. Enormes trozos de cemento, cristal y hierro, mezclados con restos humanos, volaban en todas direcciones. El ataque se producía ahora desde todos los puntos.

El ataque de la Armada de Knaryl era ya incontenible. Fuerte Seguridad recibía impactos por todas partes. El temblor y las sacudidas del enorme satélite eran ya constantes, ininterrumpidos.

Las noticias desalentadoras llegaban constantemente al puente de mando. En otra de las pantallas, las luces que indicaban los diferentes puestos artilleros iban apagándose poco a poco.

Continuas estelas rojas surcaban el espacio y se dirigían inexorablemente hacia Fuerte Seguridad. Archer se preguntó por qué los atacantes utilizaban solamente explosivos convencionales, aunque de mayor potencia que los terrestres y en mayores cantidades, en lugar de explosivos termonucleares, uno solo de los cuales habría sido suficiente para volatilizar el satélite.

La esfera de energía había sido ya destruida. De repente, se produjo una explosión mayor que las anteriores.

—Ha sido destruida la central principal de energía —informó un observador.

Las luces oscilaron. Ya sólo tenían la fuerza que producían los generadores de emergencia.

—Destruidos todos los puestos artilleros. No hay supervivientes.

Un oficial se acercó, con el rostro demudado.

—Capitán…

—Almirante, por favor —corrigió Archer.

—Almirante, señor, perdone… Quería decirle que sólo quedamos nosotros… Ya no hay proyectiles…

Archer vaciló.

—Tengo órdenes estrictas, comandante Wahlen —dijo.

—¿Con qué vamos a defendemos, señor? —gritó el oficial, a la vez que extendía los brazos —, ¿Con las manos? ¿A pedradas, tirándoles los trozos de cemento que han quedado por ahí?

Archer dirigió una dura mirada al oficial. Pero sintió compasión. Eran demasiados días de tensión, de lucha sostenida sin desmayo, de continuas malas noticias… Realmente, no se le podía reprochar el derrumbamiento psíquico que se apreciaba claramente, no sólo en las facciones, sino en el temblor de todos los miembros de su cuerpo.

—Comandante… Archer no pudo continuar.

Un colosal fogonazo brilló a poca distancia del puente de mando. La sacudida fue de una intensidad indescriptible.

Wahlen fue lanzado contra un mamparo y su cabeza se abrió como una fruta madura. Archer, todavía en su sillón, se notó despedido con violencia y rodó por el suelo, en medio de una espesa nube de polvo y humo.

Sintió que iba a perder el conocimiento. Por fortuna, pensó, antes de desmayarse, los generadores de atmósfera artificial continuaban funcionando satisfactoriamente.

Luego todo fue silencio y oscuridad.

* * *

Tenía un parche en la sien izquierda y el brazo del mismo lado en cabestrillo. Su uniforme aparecía manchado de polvo, con algunas huellas de sangre. Pendiente del cinturón llevaba la espada de gala.

Tras él, una veintena escasa de soldados se disponían a la ceremonia de la rendición.

Fuerte Seguridad había tenido una dotación de siete mil trescientos combatientes de ambos sexos. Aquellos veinte, catorce hombres y seis mujeres, eran todo cuanto quedaba del satélite que había sido el orgullo de la Tierra y que ya no era sino un montón de ruinas que orbitaban por el espacio.

Las naves de Knaryl empezaban a descender. Los primeros soldados enemigos habían ocupado ya Fuerte Seguridad.. Lo que quedaba por hacer ahora era mera rutina. «Una comedia», se dijo amargamente. Los knarylitas querían que la rendición se efectuase en regla.

Algunos de los supervivientes estaban heridos, aunque todos podían mantenerse en pie. Archer rompió la marcha y los demás le siguieron hasta la explanada central.

Un oficial enemigo se le acercó, saludándole respetuosamente.

—¿Es usted el comandante de Fuerte Seguridad, señor?

—Almirante Archer —contestó el aludido—. ¿Con quién tengo el honor...?

—Le ruego aguarde unos momentos, señor. Muy pronto llegará el comandante de nuestras fuerzas, almirante Hronor.

Archer asintió. Una nave de reducidas dimensiones se acercaba ya al satélite. Otra llegó unos segundos antes y de ella desembarcaron unos pelotones de soldados, vistosamente uniformados en rojo, oro y azul, con sus armas resplandecientes de puro limpias. «Uniformes de ceremonia», pensó el vencido.

Los soldados formaron impecablemente, al mando de un oficial. Momentos después, aterrizó la otra nave.

Varias personas desembarcaron y se dirigieron rectamente hacia el lugar donde se hallaban los supervivientes. Asombrado, Archer vio a una mujer joven, muy hermosa, de frondosos cabellos negros, en las hombreras de cuyo uniforme se distinguían unas insignias que él no podía desconocer.

La joven se detuvo ante Archer e hizo una leve inclinación de cabeza.

—Soy la almirante Sphylla Hronor —se presentó—. Usted es el comandante de Fuerte Seguridad.

—Contraalmirante Cayo Emilio Quinto Archer —contestó el vencido—. Almirante, me rindo a usted y a las fuerzas que representa.

Sacó la espada y, sosteniéndola por la hoja, acercó la empuñadura a las manos de Sphylla. Ella vaciló un momento.

—Es una costumbre terrestre, almirante —dijo.

—En efecto. El general vencido entrega siempre su espada al vencedor —contestó Archer.

—Pero cuando el vencedor obra generosamente, permite que el vencido conserve lo que es símbolo de su honor. —Sphylla sonrió, a la vez que devolvía la espada a su dueño—. Consérvela con orgullo, almirante; nadie podrá decir jamás que no luchó valerosamente hasta más allá de lo imposible.

—Gracias, señora. —Archer se inclinó respetuosamente—. ¿Puedo preguntarle qué va a ser de nosotros ahora? ¿Nos llevarán prisioneros a Knaryl?

—Nada de eso. Una nave nuestra les va a devolver a su planeta, a fin de que puedan regresar a sus casas. Quedan libres sin ninguna traba, excepto las que se deriven del tratado de paz que ya se está discutiendo entre los representantes de Knaryl y de la tierra.

—Ah, discuten las condiciones... ¿O las imponen, almirante?

Sphylla se encogió de hombros.

—Usted y yo somos soldados y no políticos —contestó no menos intencionadamente.

—Sí, tiene razón. Sólo que usted representa a una causa injusta... ¡Bah! —dijo Archer desarmado—. ¿A qué seguir hablando? ¿Cuándo podemos marchar, almirante?

Ella tendió una mano.

—Cuando gusten, señor —contestó—. Su nave ya está preparada.

Archer se volvió hacia el único oficial que le quedaba.

—Alférez Henschel, ordene la marcha.

—Sí, señor.

Henschel sostenía la bandera de la Tierra. Su voz resonó fuerte y clara. Los vencidos sacaron el pecho.

Archer saludó rígidamente. Sphylla le contestó de la misma manera.

El comandante de la compañía de honores knarylita dio una orden:

—¡Presenten… armas!

Ciento veinte fusiles radiónicos se movieron al mismo tiempo. Derrotados, pero orgullosos, el almirante Archer y sus subordinados iniciaron la marcha hacia la nave que les conduciría a la superficie de un planeta que ya no era independiente.

CAPITULO II

Detuvo los caballos, desunció el arado y después de abrevar a los animales en el estanque cercano, los llevó a la sombra de los álamos, en donde los ató con largas reatas, a fin de que pudieran pastar la verde hierba que crecía en aquel lugar. Después, buscó su bolsa y sacó un trozo de pan y algo de carne fría.

Comió con magnifico apetito. Luego paseó la vista por las tierras que se extendían ante él. Pronto llegaría la época de la siembra. Al año próximo, aquella llanura sería un mar de oro.

Más allá estaban los frutales y el huerto, los corrales y el establo. Trabajaba mucho, pero el trabajo era un lenitivo para su ánimo, todavía dolorido después de dos años de la derrota. Era lo mejor que podía hacer, porque era lo que más le gustaba.

Otros habían derivado hacia distintas profesiones. El había querido aislarse deliberadamente, alejándose de los grandes núcleos de población. No lamentaba la decisión tomada.

Terminó el almuerzo y se dijo que unos minutos de siesta le vendrían muy bien. Se había levantado con el sol y hasta bien entrada la noche no llegaría la hora de descansar.

Entonces fue cuando vio el aparato que descendía de las alturas.

Era una nave pequeña, con capacidad, a lo sumo, para seis plazas. La matrícula, apreció, era terrestre.

El aparato se posó a poca distancia. Se abrió la escotilla y una mujer saltó al suelo.

Archer se quedó estupefacto al reconocerla.

—¡Almirante Hronor! —exclamó.

Sphylla avanzó hacia él, la sonrisa en los labios y la mano tendida en señal de amistad.

—¿Cómo está, amigo mío?

Archer había perdido el habla. Ella no vestía ahora de uniforme, sino que llevaba una especie de túnica griega, de color café muy claro, sujeta al hombro derecho por un sencillo broche.

El otro hombro quedaba al descubierto y la prenda muy corta, dejaba ver unas piernas largas, perfectamente formadas, cuyos pies aparecían calzados con unas sandalias de correas que llegaban a la mitad de la pantorrilla.

—¿No me dice nada, almirante? —sonrió ella.

Archer sacudió la cabeza.

—Estoy tan sorprendido... Pero no me dé ese tratamiento; me retire definitivamente a las pocas semanas de la rendición.

—Lo prefirió a un consejo de guerra, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—Estoy bien enterada de la vida de mi último enemigo —respondió Sphylla—. Usted se rindió, en lugar de dejarse matar. Los políticos no le perdonaron la desobediencia a sus órdenes. Les evitó la creación de un héroe, «Todos los defensores de Fuerte Seguridad, muertos gloriosamente antes que entregarse al enemigo.» Hubiera quedado precioso, ¿no le parece?

Archer sonrió por fin.

—Ellos ya estaban en tratos con ustedes, pero alguien tenía que pagar las consecuencias —manifestó.

—Sí, hizo bien —admitió la joven—. Su dimisión fue como una especie de portazo, que no les gustó demasiado. Ya no pudieron alegar algo así como: «Nosotros dimos órdenes de defender la posición hasta la muerte, pero el comandante, en un rapto de flaqueza, cedió...»

—Sí, les fastidié bastante. Ni siquiera tuvieron el placer de ver que un consejo de guerra me degradaba. En fin, almirante, supongo que no ha venido a hablar de mis problemas. ¿En

qué puedo servirla?

Sphylla paseó la vista por los alrededores.

—Tiene usted una propiedad muy hermosa —elogió—. Pero usa caballos...

—El rencor de los políticos que no supieron estar a la altura de las circunstancias Llegó al extremo de no concederme un tractor para el laboreo de mis tierras. Sin embargo, no pudieron evitar que comprase un par de caballos. Habría sido demasiado. Seguían en sus puestos, pero sin apoyo de la opinión pública.

—Comprendo. Almirante, ¿me permite sentarme a su lado? Quisiera hablar con usted.

—No faltaría más, señora...

—Llámeme Sphylla, Cayo.

Hubo un instante de silencio. Luego, Archer sonrió.

—Hace dos años luchábamos a muerte. Ahora estamos aquí, conversando apaciblemente... Claro que usted sigue siendo el vencedor y yo el vencido.

—Eso no tiene nada que ver ahora, Cayo. Necesito su ayuda.

Archer levantó las cejas.

—No se burle de mí, por favor —pidió secamente.

—Hablo muy en serio. Le aseguro que he venido a verle de forma privada, aunque apoyada extraoficialmente por ciertas personas que no debo mencionar por el momento. Además, le diré que no es usted el único terrestre elegido para que nos ayuden, aunque sí uno de los más..., digamos importantes. Y, sobre todo, competente.

—¿Yo? Pero ¿qué es lo que quieren? —preguntó Archer, que aún no había salido de su asombro.

—Simplemente, ayudarnos a evitar un golpe de estado que se prepara, para el derrocamiento de Gorthon XXXI, Emperador de Knaryl y de Los Ciento Veinte Sistemas Solares.

* * *

Archer tardó algunos segundos en hablar, atónito por la petición de Sphylla, que le resultaba absolutamente inesperada. Había supuesto, como máximo, que la presencia de la joven se debía a una visita de cortesía, pero, en realidad, le estaba proponiendo tomar parte en una conspiración política de altos vuelos.

—De modo que quieren derrocar a Gorthon —dijo al fin.

—Sí, Cayo.

Archer meneó la cabeza.

—No crea que lo sentiría en absoluto. Ni siquiera, aunque se tratase de un jefe de Estado amigo —manifestó.

—¿Todavía le dura el resentimiento por la derrota?

—Usted, ¿qué cree? Fuimos atacados injustamente, sólo porque Knaryl diera salida a sus sentimientos de imperialismo expansionista. Se perdieron cientos de miles de vidas en las batallas que sostuvimos antes de la rendición. Murió un hermano mío; murieron decenas de amigos... ¿Piensa que debo rezar por el bienestar de Knaryl y de sus habitantes?

—Por favor, Cayo, escúcheme —rogó ella—. Comprendo sus sentimientos, pero la derrota sufrida hace dos años será una futilidad, comparado con lo que les puede suceder si Gorthon es derrocado.

—No me importa en absoluto. Sé que Gorthon empezó bien su reinado, pero en pocos años se convirtió en un degenerado, un sujeto lleno de vicios y de maldad, comparable a... Usted conoce la historia de la Tierra, ¿verdad?

—Sí, bastante.

—Bueno, Calígula era un fraile cartujo comparado con Gorthon. Si le rebanan el pescuezo, no le floraré, créame.

—Eso sería lo menos que podría sucederles a ustedes, los terrestres. Lo que pasaría entonces...

—Por favor, almirante. —El tono de Archer se había hecho frío, distante—. No quiero tomar parte en ninguna conspiración, pero, si decidiese hacerlo, me pondría de lado de los que

quieren derrocar a Gorthon, sean quienes fueren. Es mi última palabra, entiéndalo bien, por favor.

Sphylla, terriblemente decepcionada, se puso en pie.

—Lo siento. Contábamos con usted...

—Perdieron el tiempo siquiera al pensarlo.

—Está bien, no le molestaré más. De todos modos, gracias por haberme escuchado... y por no haber empezado a patadas conmigo.

—Algunos terrestres seguimos practicando las viejas leyes de la hospitalidad... y de la galantería, cuando se trata de una dama —contestó él irónicamente.

Sphylla ya no dijo nada más. Dio media vuelta y echó a andar hacia su aparato. Pero cuando iba a entrar, se volvió y dijo:

—Quizá reciba otra visita y le hagan cambiar de opinión.

—Lo dudo mucho —contestó él.

La nave se elevó segundos después. Archer la estuvo contemplando todavía unos momentos. Luego se dispuso a enganchar el arado. No podía descuidar el trabajo.

* * *

El segundo aparato llegó tres días más tarde, cuando estaba echando de comer a las gallinas. Archer contempló con curiosidad al hombre que desembarcó y que se le acercaba con paso mesurado. Al reconocerle, sintió un infinito asombro.

—¡Consejero Wallenbeck! —exclamó.

Joseph Wallenbeck, antiguo Consejero de Armamento, uno de los cargos más importantes del anterior gobierno terrestre, tendió la mano al joven.

—Es un placer, almirante —saludó.

—Ya no lo soy —dijo Archer, mirándole oblicuamente.

—Volverá a serlo algún día. Cayo. ¿No me invita a entrar en su casa?

Archer vaciló.

—Claro —dijo al cabo—. Entre, Consejero.

—Tampoco lo soy, Cayo —contestó Wallenbeck— Sin embargo, continuo conservando amistades en lo que suele llamarse «altas esferas».

—Es lógico. ¿Café, señor?

—Sí, gracias.

La cafetera estaba aún caliente. Archer llenó dos tazas y ofreció una al visitante.

—¿Y bien, señor Wallenbeck?

—Haga caso a la almirante Hronor. Ayúdela en lo que le pida —dijo Wallenbeck sorprendentemente.

—Me parece que no he oído bien, señor —contestó Archer con glacial acento.

—Ha oído perfectamente, y si no fuese por parecer pedante o engreído, le diría que es una orden.

Archer frunció el ceño.

—Agradecería una explicación, señor. Clara y aceptable, se lo ruego —pidió tensamente.

Archer, yo no le puedo dar muchas explicaciones porque, si quiere que le sea franco, desconozco la mayor parte de los planes de los implicados en el golpe de Estado que le mencionó la almirante Hronor. Ahora bien, si me permite, le haré un símil y creo que lo entenderá. El imperio de Knaryl se ha extendido inconteniblemente por más de ciento veinte sistemas solares Era como una marea cósmica irresistible, siempre en periodo ascendente, pero, como toda marea, tiene que alcanzar un día su punto de máxima elevación. Entonces se inicia el descenso... y lo que en la Tierra cubre un breve periodo de pocas horas, en el caso de Knaryl puede tardar aun cientos o decenas de años. Sinceramente, creo que la marea knarilyta está en la pleamar. Ahora tiene que venir la bajamar, Archer.

—Siendo así, si trata usted la política como un fenómeno natural, ¿qué necesidad tenemos de intervenir nosotros? La marea cósmica de Knaryl llegará por sí sola a su bajamar, sin necesidad de que nosotros movamos un solo dedo... ni mucho menos arriesguemos nuestras

vidas.

—Archer —dijo el consejero—, trato de ser paciente. Hágame caso, se lo ruego. Para la Tierra es conveniente que usted ayude a la almirante Hronor. Me es absolutamente imposible decirle nada más; ella, si usted accede a nuestra petición, le dará todas las explicaciones necesarias. ¿Me ha comprendido?

Archer asintió.

—Le he comprendido, señor, pero no puedo comprometerme inmediatamente. Debo reflexionar y sólo entonces, cuando haya madurado mucho mi decisión, se lo haré saber.

—En todo caso, no tarde mucho: el tiempo de que disponemos es más bien escaso. —Wallenbeck se puso en pie—. Si acepta, no me lo diga a mí, sino a la propia almirante. Se aloja en el Emperador Gorthon, como simple turista. No está de incógnito, pero tampoco ha venido en viaje oficial.

—Dieron el nombre de su emperador al mejor hotel del planeta —dijo el joven con amargura—. Están construyendo una nueva ciudad, donde se alojarán la inmensa mayoría de los extranjeros que nos han derrotado en una guerra que no buscamos. La llamarán Gorthonia, también en honor de su emperador. Un músico terrestre ha compuesto una marcha, titulada La Sublimación de Gorthon. Se ha dado su nombre a numerosas marcas de bebidas; se han levantado millares de estatuas en su honor...

Wallenbeck apoyó su mano en el hombro del joven.

—Recuerde, tras la pleamar, viene siempre la bajamar —se despidió.

Salieron fuera de la casa. El ex consejero entró en su aeromóvil y movió una mano en señal de saludo. Luego accionó los mandos y el aparato se elevó suavemente en el aire.

A unos doscientos metros del suelo, el aeromóvil se inmovilizó súbitamente. Archer pensó en el primer momento que su ocupante quería contemplar la granja desde una cierta altura. Pero, inesperadamente, el aparto inició un descenso, cada vez más acelerado, le hizo lanzar una exclamación de asombro.

Con el corazón encogido, Archer presenció el accidente sin que fuera posible intervenir en lo más mínimo. El aeromóvil chocó contra el suelo con tremendo impacto y se abrió como una sandía madura. No hubo explosión ni incendio, pero era obvio que Wallenbeck no podía haber sobrevivido al terrible impacto de la caída.

CAPITULO III

Entro con paso mesurado en el enorme vestíbulo del hotel y se acercó al. mostrador de recepción. Un empleado le miró como si contemplase a un insecto. Los ropajes de color verde y pardo claro que usaba el joven y que identificaban de inmediato a un agricultor desentonaban en el Gorthon tanto como una palada de carbón en un montón de nieve.

—¿Qué desea? —preguntó el empleado fríamente.

—Me llamo Archer. Deseo hablar con la almirante Hronor.

—Espere un poco, buen hombre. No sé si Su Excelencia querrá recibir a...

El empleado hizo una mueca de disgusto y arrugó la nariz. Archer decidió pasar por alto las impertinencias. En modo alguno tenía deseos de organizar un escándalo.

Luego el empleado, ignorándole, atendió a diversos clientes, la mayoría knarylitas y todos vestidos con lujo exorbitante. Abundaban los uniformes de la Armada imperial y era casi corriente ver a altos oficiales acompañados de hermosas mujeres terrestres. «Las ventajas del vencedor», pensó.

Al cabo de un rato, y en vista de que no le hacían el menor caso, reiteró su petición.

—Perdone, pero antes le dije...

—Oh, sí, creo recordar. El almirante Bhronol, ¿verdad?

—No —contestó él, con los dientes prietos—. «La» almirante Hronor. Por favor.

El empleado volvió a arrugar la nariz.

—Me bañé y me puse ropas limpias antes de venir aquí, pero ahora me gustaría no haberlo hecho. Olería verdaderamente a estiércol —dijo Archer como cáustico acento.

—Estúpido palurdo...

El recepcionista usó un diminuto transmisor portátil. El aparato tenía pantalla de televisión, pero Archer se dio cuenta de que el rostro de Sphylla no se hacía visible. Estaría fuera de cámara, se dijo.

—Muy bien, gracias —dijo el recepcionista. Señaló con el pulgar hacia la escalera—. No use ascensores ni aparatos de transmisión instantánea. Segunda planta, suite cuarta.

Archer sonrió. Metió la mano en el bolsillo y la sacó, acercándola a la que le tendía el recepcionista maquinalmente, en busca de la propina. Pero, ante su asombro, el empleado no vio ninguna moneda.

—Lástima —dijo el joven alegremente—; era una pulga y se ha escapado.

Sonó un chillido de asco. Sin dejar de reír, Archer se encaminó hacia la escalera y empezó a subir saltando los peldaños de dos en dos.

Momentos después, llegaba ante la puerta señalada con el número 4. Llamó, pero no le contestó nadie. Extrañado, insistió, sin obtener respuesta.

Aquello empezó a no gustarle. Apenas si hacía cuarenta y ocho horas que el ex consejero Wallenbeck había muerto. Recordaba muy bien que, tras la llamada del empleado, la respuesta había sido dada por una voz de hombre, que en nada se parecía a la de Sphylla. Como si fuese un sabueso, venteó el peligro.

Había alguien que le aguardaba detrás de la puerta. Lentamente, hizo girar el pomo y luego, de súbito, abrió con todas sus fuerzas.

La puerta giró con indescriptible violencia. Alguien emitió un sofocado grito de dolor. Archer penetró de un salto y entonces vio a Sphylla, inconsciente, sostenida por el brazo izquierdo de un sujeto que le apuntaba con una pistola neurónica.

Inmediatamente, se agachó. El rayo destructor del sistema nervioso pasó por encima de sus hombros y se perdió inofensivamente en el corredor. Dio un salto oblicuo, rodó un poco por el suelo y, al concluir la voltereta, estaba ya a los pies del individuo.

Disparó su pie derecho con tremenda potencia, alcanzando la entrepierna del sujeto, que exhaló un rugido de dolor. Sphylla, sin sostén, cayó al suelo.

Archer se levantó de un salto. El hombre estaba agachado, con las manos entre las piernas. Archer lo agarró por los cabellos, le hizo incorporarse y disparó su puño derecho.

Había sido siempre un hombre robusto, amigo del deporte. Pero los dos años pasados en la granja había incrementado su fuerza física. El hombre salió catapultado hacia atrás, con tremendo ímpetu, llegó a una ventana, rompió los cristales y saltó al vacío.

Archer se volvió. Todavía quedaba otro, pero, ya seguro de la derrota y sin ánimos de medirse con el joven, escapaba a todo correr por el pasillo. Archer vio en el suelo un puñal de forma curva, más corto que una hoz, pero no menos efectivo. «Si me descuido, me dejan los hombros lisos», pensó.

Recogió el arma. Estaba muy bien equilibrada, apreció. Un hábil lanzador podía conseguir a cincuenta pasos los mismos efectos que si lo usara con la mano. Se lo guardó y luego fue a atender a Sphylla.

La joven daba señales de recobrarse. Archer corrió las cortinas de la ventana rota y luego cerró la puerta. A continuación, buscó agua, puso algo de coñac en un vaso mediado y se lo hizo beber a Sphylla.

La joven estaba ya en un sofá. Al cabo de unos momentos, abrió los ojos y sonrió.

—Hola, Cincinato —dijo.

* * *

Archer respingó en el primer momento, creyendo que ella deliraba. Sphylla hizo un esfuerzo y consiguió sentarse.

—Ha llegado a tiempo —añadió—. ¿Qué ha sido de los que querían secuestrarme?

—Uno saltó por la ventana. No hay mucha altura, sólo dos pisos. El otro escapó.

Me dieron un narcótico. Querían sacarme sin que se notase que era un secuestro. Abrí, pensando que era usted, pero me equivoqué.

—Bueno, ya estoy aquí y las cosas, según mi primera impresión, no tienen nada de agradables. ¿Sabía usted que Wallenbeck iba a verme?

—Sí —respondió Sphylla—. Es más, se lo pedí personalmente.

—Entonces, supongo que está enterada de su muerte.

—Oficialmente, se debió a un fallo en la conexión primaria del generador. Usted y yo podemos apostar por el sabotaje, ¿no cree?

—Esa apuesta no tendría emoción, la ganaríamos —contestó Archer—. ¿Le importa que tome un trago de coñac?

Ella movió una mano.

—Está usted en su casa, almirante.

—No me llame así. Ya no lo soy ni tengo el menos deseo de volver a ponerme unas hombreras doradas Si me llamó Cincinato, pensando que iba a halagarme está equivocada.

—También era agricultor y dejó el arado para salvar a Roma, unos quinientos años antes de Cristo. Luego se volvió a su casa.

—Usted está comparando Roma con la Tierra.

—La historia en mayor o menor escala, siempre se repite. Y si luego no quiere reingresar en la Armada, podrá volverse a su casa tranquilamente.

Archer levantó su copa de coñac, para contemplarla

—Almirante, explíqueme por qué una knarylita de elevado rango busca la ayuda de un terrestre que ya no es sino un modesto agricultor. Explíqueme también por qué he de ayudarla a cometer lo que cualquiera llamaría traición contra su propia patria.

—La cosa no es tan fácil como parece. Ya conoce mis noticias sobre el golpe de Estado que se planea. Lo único que sí puedo decirle es que, si nos ayuda, habrá beneficiado grandemente a la Tierra.

—¿En qué sentido, señora?

—Le seré sincera. Pertenezco al que podríamos llamar partido de la moderación. Somos

muchos los que pensamos que la Tierra, y muchísimos otros planetas más, están recibiendo un trato injusto, demasiado duro. Simplemente, queremos mejorar las actuales condiciones del tratado de paz, cosa a la que se oponen los actuales miembros del Gabinete Imperial, en su inmensa mayoría.

—Si se oponen y pierden...

—No aceptarían nunca una derrota democrática. Por eso planean el derrocamiento de Gorthon. Admito que es un sujeto detestable, pero, hasta ahora, es el único valladar que tenemos contra los apetitos de los «duros» del gabinete. Sé que le presentaron a la firma una ley sobre derechos civiles de los planetas ocupados y que se negó a refrendarla. Lo que habría sucedido, de haber accedido a la firma, hubiera sido infinitamente peor que lo que les está pasando ahora.

Archer rió burlonamente.

—¿Y usted cree que ese saco de vicios tiene interés realmente en la vida mejor o peor de los terrestres?

—Hablando crudamente, no; pero sí hace mucho caso de su consejero Piques Nirr. Es un hombre muy respetado, incluso por los «duros», de tal modo que no se atreven siquiera a tocarle el pelo de la ropa...

—Eso es ridículo. No va a decirme que no encontrarían un asesino pagado que eliminase a Nirr.

—Se vería demasiado. Además, aún no cuentan con las fuerzas suficientes para sublevarse.

—¿Qué fuerzas? El Ejército y la Armada...

—Por ahora, son leales a Gorthon. Y debe tener en cuenta que en el imperio hay nada menos que ciento veinte sistemas solares, a cada uno de los cuales tiene un mínimo de cuatro planetas habitados y gobernados por un representante personal del Emperador. El sistema solar es la excepción puesto que sólo tiene un planeta habitado. Naturalmente, no contamos las colonias de Marte, o de las satélites de Saturno, ni las de la Luna...

—Entonces, en el imperio hay unos quinientos planetas.

—Sí, aproximadamente. Si los quinientos virreyes declarasen a Gorthon incapacitado para reinar, las fuerzas armadas se abstendrían.

—En resumen, es una operación a largo plazo.

—Menos de lo que usted se cree. Sé que ya hay trescientos doce virreyes partidarios del derrocamiento de Gorthon. Según la ley, son necesarios dos tercios para la votación conjunta con la Asamblea de Knaryl.

—Es decir, a los conspiradores les faltan unos veinticuatro votos.

—Han conseguido ya el de la Tierra. Y sus emisarios se muestran muy activos. Viajan continuamente...

—Bien, pero ¿qué podemos hacer nosotros? Si los conspiradores consiguen la mayoría, actuarán con toda legalidad, creo yo.

—Hay una ley sobre la mesa de Gorthon, pendiente de firma, y suprimiendo el cargo de delegado imperial o virrey, como prefiera llamarlo. Nirr le insta a firmar, pero Gorthon se mantiene indeciso, porque sostiene la peregrina teoría de que se ha repetido en cada uno de los virreyes y que si los destituye, se destituirá a sí mismo.

—¡Está loco! —barbotó Archer—. Ese hombre no es digno de ser la cabeza visible de un tan gran imperio.

Sphylla juntó sus manos en actitud suplicante.

—Pero es nuestra única solución. Ayúdeme a evitar que lo depongan y que nombren a otro, que no sería sino una simple marioneta en manos de un gabinete compuesto por aventureros y codiciosos de poder. Se lo ruego, Cayo...

Archer reflexionó unos momentos. Al fin dijo:

—Almirante, antes de ponerme de un lado o de otro, quiero conocer más detalles. Pero aquí no es posible; a usted han intentado secuestrarla y pueden intentarlo en cualquier otro momento. ¿Por qué no se viene un par de días a mi granja?

Sphylla se sorprendió de la petición, pero acabó por acceder.

—De acuerdo. ¿Cuándo?

Archer movió una mano.

—Sólo le concedo el tiempo justo para poner un poco de ropa y artículos de tocador en un maletín —respondió.

—Perfectamente. —Ella se puso en pie—. Estaré lista en menos de diez minutos.

—Ah, una cosa. ¿Puedo formular una petición al hotel en su nombre? —consultó él.

—Lo que sea, Cayo.

—Gracias.

Archer se acercó a la mesa en que se hallaba el videófono, cuya pantalla estaba situada en la pared y era de tamaño natural. Llamó a recepción y pidió comunicación con el director inmediatamente.

La figura de un hombre grueso y medio calvo apareció a los pocos instantes.

—¿Desea algo? —preguntó.

—Soy el criado personal de Su Excelencia, la almirante Sphylla Hronor. Su Excelencia ordena que se despida inmediatamente al encargado de recepción que estaba en su puesto hace unos treinta minutos. Un tipo alto, de rostro delgado y sin color, cejijunto...

—Ah, Rolygor...

—No me importa como se llame. Su Excelencia y yo pasaremos dentro de diez minutos por recepción y ella no quiere ya ver a ese sujeto.

—Sí, señor, como usted ordene. Ahora mismo...

Archer cortó la comunicación.

—Por si acaso —murmuró.

No estaba muy seguro de que el tal Religar no le hubiese tenido esperando en el vestíbulo, para dar tiempo a los secuestradores a que cumpliesen su tarea.

CAPITULO IV

Asó las chuletas en el fuego de leña y las acompañó con patatas fritas, lechuga y tomates, además de unas aceitunas, rábanos y espárragos frescos. Añadió una botella de excelente vino y se sentó frente a su invitada. Los ojos de Sphylla brillaban media hora más tarde —Nunca había comido tan a gusto —confesó —Se comprende —sonrió él, complacido—. Todo lo que ha comido procede de mi granja.

—Así disfruta tanto en su papel de Cincinato Pero un hombre solo, no parece lógico.

—Aún no es tiempo de buscar compañía. Además ¿le gustaría a ella esta vida?

—¿Le gustaría a usted?

—Estoy bien acomodado, ¿no le parece?

Los párpados de Sphylla se entornaron

—Pero añora el puente de un satélite artificial o, simplemente, de una nave de guerra. Incluso diría que se conformaría con mandar una astronave mercante

—No sueño imposibles —repuso Archer—. Y esto no tiene relación con su presencia en mi casa. Hablemos del tema que más nos interesa. ¿Cuál es su plan?

—La destitución del gabinete imperial. Teóricamente, todos los ministros tienen el mismo rango. Sin embargo hay uno que domina a los demás.

—El primer ministro, claro.

—No, no existe ese rango. El primer ministro es el propio Gorthon aunque, habitualmente, no asiste a las reuniones del gabinete. Nuestros planes estriban en conseguir una declaración que mencione expresamente la irrelevancia del cargo de delegado del emperador en los planetas del imperio. Entonces, Gorthon firmaría el decreto.

—Eso no tiene nada de fácil, almirante.

—Depende de los puntos de vista —contestó Sphylla.

—¿Cuál es el suyo?

—De los veinticuatro miembros del gabinete, seis están de acuerdo en la promulgación del decreto. Dieciocho están en contra.

—Usted está pensando en una bombita...

Sphylla enrojeció vivamente.

—Hay otros medios, Cayo —respondió. —Menciónelos, se lo ruego.

—Dimisión de doce de los más recalcitrantes, incluí- t do el que domina al gabinete y que se llama Erkso Nuboo. De esos doce ministros, tenemos dossiers completísimos sobre actos de su vida, tanto política como privada, que podrían arruinarlos para siempre.

—O sea, si no dimites, te sacamos los trapos sucios a la luz pública.

—Exactamente.

—Bueno, pero, ¿por qué no lo hacen?

Sphylla bajó la cabeza.

—Nuboo se enteró y robó la valija con la documentación —repuso.

Archer rompió a reír.

—¡Vaya unos conspiradores de pacotilla! —se burló despiadadamente—. Consiguen la herramienta precisa para cambiar el actual estado de cosas y Juego se la dejan robar miserablemente. ¿Y todavía quiere que yo me una a ustedes? ¿Acaso me han tomado por tonto.

—¡Por favor! —pidió ella con voz crispada.

—Mire, almirante, sólo porque es mi huésped, y a un huésped se le respeta siempre, no le digo todo lo que pienso de usted y de sus amigos chiflados. Puede imaginárselo, sin embargo, y recibir ya mi respuesta negativa.

—Wallenbeck le pidió que se uniese a nosotros. Le dijo los beneficios que se podían

obtener...

—Wallenbeck está muerto y, además, sólo le prometí escucharla a usted. He cumplido mi palabra, sé lo que pasa y me niego rotundamente a tomar parte en una conjura que no me merece la menor confianza. Lo siento, almirante; es mi decisión.

Sphylla suspiró.

—Bien, tendré que resignarme —dijo—. De todos modos, gracias por la comida; fue un menú, realmente exquisito.

—Gracias. Sabe que puede repetir siempre que lo desee. Y puesto que hemos venido en mi aeromóvil, se lo prestare para que regrese al hotel o al lugar que más confianza le inspire...

—Ya no puedo volver al hotel, y mucho menos al palacio del virrey, que es también la embajada de Gorthon .—declaró la joven—. Quemé mis naves al entrar en la conspiración.

Archer silbó.

—Nos vamos a divertir —exclamó—. Ahora, yo tendré que preocuparme de su seguridad...

—Puedo quedarme en la granja, si no le importa. Le ayudaré, aunque no sepa mucho de trabajos agrícolas —se ofreció ella.

—Está bien. De momento, quédese aquí, con una condición.

—Conforme, Cayo. ¿Cuál es esa condición?

—No me hable de política para nada. No intente hacerme variar de opinión.

—Trato hecho —aceptó ella, con la sonrisa en los labios—. De todos modos, quizá un día...

—¡Ni lo sueñe! —cortó el, tajante.

Y se puso en pie, para recoger los platos y cubiertos, ya que habían almorzado al aire libre, a la sombra de un emparrado adosado a una de las fachadas de la casa. En aquel momento, se alborotaron las gallinas.

—¿Qué pasa? —preguntó Sphylla.

—A veces, un halcón...

Archer levantó la vista al cielo.

—No es un halcón precisamente y no me gusta su aspecto —dijo—. Almirante, me parece que vamos a tener que refugiarnos —añadió, a la vez que agarraba un brazo de la joven y tiraba de ella—. ¡Vamos, aprisa, al refugio!

Sphylla no se hizo de rogar. Corriendo emparejados, entraron en la casa, atravesaron una sala y se detuvieron ante lo que parecía la puerta de una alacena, que Archer abrió de inmediato. Casi en el mismo instante, se oyó un terrible estruendo.

—Bombas —dijo él lacónico.

Los cristales volaron en pedazos. Sphylla divisó una escalera que se introducía en las entrañas de la tierra e inició el descenso inmediatamente, llena de asombro por la existencia de aquel refugio en una granja de aspecto tan inofensivo.

A cuatro metros, había otra puerta, blindada, de veinte centímetros de grosor. Después de franquearla, Archer la cerró y continuaron el descenso, mientras percibían el temblor de la tierra, a causa de las explosiones que se producían constantemente en la superficie.

El refugio estaba, a cuarenta metros de profundidad y ella pudo apreciar que había allí todo lo necesario para la supervivencia, incluido un generador para electricidad y los aparatos de renovación de aire. Súbitamente, les llegó el terrible estrépito de una explosión mayor que las demás.

Sphylla observó al joven, cuyo rostro aparecía contrariado por la ira.

—Tendré que cobrarme esta deuda —dijo el entre dientes.

Sphylla se sentó en una litera.

—No entiendo por qué nos atacan...

—Les estorbamos —repuso Archer escuetamente.

Seguían las explosiones. Sphylla comprendió la justeza de la respuesta de Archer y permaneció silenciosa un buen rato. Al fin, cesaron los temblores de tierra.

—Parece que ya han quedado satisfechos —murmuró él.

—Tengo la impresión de que han bombardeado a conciencia —dijo la joven—. Naturalmente, con explosivos químicos. Pero es muy probable que tengamos bloqueada la

salida y no creo que nadie venga a liberarnos.

—Ese no es problema, a menos que hayan localizado la otra salida, cosa que dudo mucho. El constructor de este refugio fue un hombre muy precavido.

—Ah, no lo hizo usted...

—No, Yo compré la granja y la mejoré muchísimo, ya que estaba bastante descuidada. El dueño tenía ya bastantes años y sus hijos no querían ayudarle, así que prefirió retirarse con el importe de la venta. El me enseñó todo lo concerniente al refugio... y, francamente, nunca pensé que llegaría un día en que podría sacarle utilidad.

—Pues ya ha llegado ese día. Pero, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Esperar. No me gustaría asomarme al exterior y ver que hay gente esperándonos. Dejaremos pasar veinticuatro horas.

—¿Y después?

—Si ha sucedido lo que pienso, entonces..., ¡que se preparen, porque voy a devolverles el golpe de una forma que no olvidarán jamás!

* * *

Veinticuatro horas después, asomaron a la superficie, por la salida de emergencia, situada en la ladera de una colina, a casi mil metros de distancia.

El corazón de Archer sangró al contemplar las ruinas de lo que, hasta la víspera, había sido una granja floreciente y próspera.

Sphylla se mordió los labios para no romper a llorar. También ella había apreciado el agradable aspecto que ofrecía la granja, con sus árboles y sus campos de cultivo. Ahora, no quedaba un solo edificio en pie y hasta los corrales y establos aparecían en ruina total. No quedaba vivo un solo animal doméstico.

Los atacantes habían desarraigado incluso todos los árboles frutales. Además, habían arrojado herbicidas sobre todas las zonas sembradas y el campo recién labrado aparecía cubierto de una capa blanquecina.

—¿Qué es eso blanco? —preguntó Sphylla, extrañada.

Archer, intrigado, caminó un centenar de pasos, se agachó, tomó una pulgada de aquella sustancia cristalina, y la probó con la punta de la lengua.

—Sal —dijo al cabo.

—¿Sal? —se asombró la joven.

—Sal común, de cocina, el producto de la evaporación del agua del mar, aunque también se encuentra en minas. —Todavía acuclillado, paseó la vista por los alrededores—. Como en los tiempos bíblicos —añadió.

—«Destruirán tu ciudad, y no dejaran piedra sobre piedra y sembrarán tus campos con sal» —recitó Sphylla. .

—Conoce la Biblia, ¿eh?

—Siempre fui una apasionada de la historia terrestre, Cayo.

Archer rió amargamente.

Estamos en pleno siglo XXVIII, en dos mil setecientos sesenta y cuatro, exactamente, y unos tipos se comportan tan salvajemente como hace cuatrocientos siglos. Almirante, ¿conoce la frase terrestre que menciona algo sobre devolver la pelota?

—No es un dicho exclusivamente terrestre. Cayo —sonrió Sphylla—. Y si me permite una expresión nueva, le diré que desearía que empuñásemos juntos la raqueta. ¿Qué piensa hacer?

—Se me ha ocurrido un plan..., pero tengo que hablar con un amigo. ¿Me acompaña usted?

—Otra frase terrestre: estamos embarcados en el mismo bote.

—Al menos, no carece usted de sentido del humor. ¿Qué tal se le da el mover las piernas?

—¿De qué forma, Cayo?

—Primero se adelanta un pie, luego el otro... y así sucesivamente.

—Eso es caminar.

Archer agarró el brazo de la joven.

—Exactamente —confirmó.

Rompieron la marcha sin más preámbulos. Al cabo de un rato, ella rompió el silencio:

—Cayo, ¿puede hacerle una pregunta?

—Puede —accedió él.

—¿Está ya de nuestro lado?

—Lo único que puedo decirle es que no estoy con los otros —respondió Archer calmosamente.

Ella le miró de soslayo. El rostro del joven aparentaba tranquilidad, pero supo percibir la silenciosa tormenta que rugía en su interior. No tenía la menor idea de los planes de desquite de Archer, pero casi empezó a compadecer a los autores de la destrucción de la granja.

CAPITULO V

El amigo de Archer se llamaba Pedro Demar y en tiempos había sido oficial de la reserva, habiendo volado algún tiempo a las órdenes del joven. Cumplido su tiempo de servicio, Demar se había retirado a la vida privada y, en la actualidad, era un próspero constructor, muy bien considerado y con un gran volumen de negocios.

La conversación tuvo lugar en la residencia privada de Demar y asistió también su esposa Flora. Tanto Demar como su mujer se sentían enormemente extrañados de ver al joven acompañado por un knarylita.

—Vino a pedirme algo y tuvo que acudir conmigo al refugio de la granja, para continuar viviendo —explicó Archer al día siguiente, ante unas tazas de café—. Aunque no se haya hecho público, el resultado es el mismo: está proscrita.

—Nosotros os ayudaremos, por supuesto, aunque no sé qué podemos hacer —dijo Demar.

—No tardarás mucho en saberlo. ¿Conoces el palacio del delegado de Knaryl?

Demar sonrió amargamente.

—Ayudé a construirlo. Por eso muchos me miran con desprecio.

—Sobre todo, los que no consiguieron un contrato, siquiera parcial —dijo Flora.

—Sí, ya me lo imagino. El palacio, Pedro está muy bien protegido —dijo Archer.

—Como no te puedes imaginar. La cúpula resistiría el impacto directo de una bomba de mil kilotones. A menos que se tratase de un proyectil planetario y ésos no se usan, vamos.

—Es decir, no se puede entrar en el palacio.

—Sin los debidos permisos, ni lo sueñes. Y a ti no te darían un permiso...

—Me consideran muerto, lo mismo que a la almirante —dijo Archer.

—Bueno, cuando te vean, se llevarán un susto —rió Flora.

—No pienso hacer que me vean. Pedro, necesito una de tus perforadoras. La mejor.

Demar frunció el ceño.

—Creo que comprendo tus intenciones —dijo—. Es una máquina muy costosa —indicó significativamente.

Sphylla conservaba su bolso y lo abrió, para extraer un talonario de cheques.

—No sé qué piensa hacer Cayo, pero indique una cifra y se la pagaré en el acto —manifestó. Se volvió hacia el joven—. Puede que seamos unos conspiradores de pacotilla, pero, al menos, estamos bien provistos de fondos —añadió.

Demar se acarició el mentón.

—De modo que la mejor perforadora —dijo.

—Si — insistió el joven.

Hubo un instante de silencio.

—La tendrás —dijo Demar al fin.

—Gracias. También necesitaré una perforadora manual, ligera, pero de gran potencia.

—Figura en el equipo de la grande, Cayo.

—Perfectamente. Ahora sólo me falta un plano o por lo menos, un croquis del interior del palacio del virrey.

—Lo tendrás mañana, pero antes debo hacer una Objeción, Cayo.

—Dime...

—Supongamos que logras entrar en el palacio Habrá guardias y no se andarán con demasiadas contemplaciones.

Archer sonrió.

—Cuando entre en el palacio, no habrá nadie —aseguró.

Flora respingó.

—¿Qué piensas hacer? ¿Asustarlos con una calabaza hueca y una vela en su interior?

—Algo por el estilo —sonrió Archer—. Pedro, amigo, la almirante y yo estamos muy cansados. Hemos caminado sin parar casi veinticuatro horas. ¿No podrías indicamos dónde hay dos camas?

Demar alzó las cejas.

—¿Dos camas? Pensé que pedirías una sola...

Sphylla se puso en pie.

—Por ahora, prefiero dormir sola —contestó, indignada.

—Siempre se duerme solo, almirante, aunque se tenga compañía al lado. Cuando se hace... eso, no se duerme precisamente —dijo Archer riendo a mandíbula batiente.

Flora levantó una mano.

—Puedo dar fe de ello —exclamó no menos jovialmente.

Sphylla estaba encarnada hasta la raíz del pelo.

—A pesar de todo, sigo prefiriendo la soledad en la cama —dijo.

—Ya cambiará de opinión, muchacha —aseguró la señora Demar maliciosamente.

Archer sonreía también, pero ya no hizo el menor comentario. Momentos después, se tendía en la cama que le habían señalado sus anfitriones.

Durmió relativamente poco. Cuatro horas más tarde, ya estaba en pie.

—Parece que tienes mucha prisa —observó Demar.

—La tengo. Voy a ver a otro amigo, al que necesito tanto como a ti —manifestó el joven —. ¿Puedo usar tu aeromóvil?

—Desde luego.

* * *

Los ojos de Bob Kartman se dilataron de asombro al reconocer al hombre que había llamado a su puerta.

—¡Almirante! —exclamó—. Esto es increíble... ¡Está vivo!

—Por fortuna, Bob —sonrió Archer—. ¿Puedo pasar?

—Claro, Kartman se apartó a un lado, mientras se ajustaba el cordón de la bata—. Perdone que le reciba así, pero...

—Sí, ya sé que la hora no es la más apropiada, pero no he podido venir en otro momento.

—No se preocupe, almirante. ¿Quiere una copa?

—Gracias, Bob.

Kartman buscó una botella.

—Los diarios televisados publicaron la noticia de un catastrófico incendio en su granja, en el cual había perecido usted —dijo, mientras llenaba las copas.

—Mentira. Me bombardearon. Lo quemaron todo Incluso sembraron de sal mis campos.

—Oh, no...

—Como lo oye, Bob.

—No me lo puedo creer. Pero ¿por qué, señor?

—Es un poco largo de explicar —dijo Archer—. Bob, usted formó parte de mi estado mayor.

—Como oficial de la reserva, movilizado cuando ya rebañaban el fondo del cubo —contestó Kartman amargamente—. Luego, volví a mi profesión de grabador pero tengo que malvivir, haciendo vulgares trabajos de impresor...

—Archer miró con simpatía al hombre, que le había seguido en el momento de la rendición de fuerte segundad—. Por eso estoy aquí, Bob.

Sacó un papel y se lo tendió.

—Necesito varios miles de octavillas, para lanzarlas desde un aeromóvil —dijo.

Kartman tomó el papel y leyó en voz alta:

«A todo el que interese: El próximo día 19 el palacio del virrey, símbolo de la opresión, desaparecerá, destruido por una expresión, que nada ni nadie conseguirá evitar. Firmado: T. L.

¿Qué es T. L., almirante?
—Tierra Libre.
—Oh... No conozco esa organización, señor.
—Acaba de nacer, Bob.
Kartman agitó el documento.
—No tengo inconveniente en imprimirle las octavillas, pero me pregunto si podrá sobrevivir después de lanzarlas.
—¿Por qué no?
—Los aparatos de la guardia del virrey le perseguirán...
—Lo sé. Y derribarán un aeromóvil vacío.
—Ah, lo gobernará por control remoto.
—Exactamente, Bob.
—Muy bien —accedió Kartman finalmente—.¿Cuando?
—Tienes buenas máquinas. Puedo esperarme.
—Una hora, almirante.
—No hay prisa.
Kartman dio media vuelta, pero deshizo el gesto en el acto.
—¿Puedo saber qué pretende con este anuncio? Porque, sinceramente, no creo que pueda meter una bomba en el palacio...
—No podría, pero ellos no estarán seguros de que no lo haya conseguido y lo evacuarán. Eso es todo lo que necesito.
—Aun así, no podrá entrar allí.
—¿Usted cree, Bob?
Los dos hombres se miraron unos segundos. Luego Kartman sonrió.
—Sí, sé que entrará. No sé cómo, pero lo conseguirá —dijo.
—Gracias, muchacho.
Una hora más tarde, Archer salía de la casa con dos grandes paquetes en las manos. Inmediatamente, emprendió el viaje de vuelta a la residencia del constructor.

* * *

El aeromóvil sobrevoló la ciudad con relativa lentitud. Empezaron a caer las primeras hojas volanderas.

Un cuarto de hora más tarde, millares de personas tenían en las manos sendas octavillas, con el anuncio de la destrucción del palacio residencia del delegado de Knaryl. Y tres cuartos de hora después, todo el mundo; conocía ya la noticia.

Tal como había previsto Archer, varios aparatos knarylitas se lanzaron en persecución del suyo y lo destrozaron. Ninguno de los pilotos se dio cuenta de que el aeromóvil estaba gobernado por control remoto.

Por la noche, la televisión difundió una noticia, tranquilizando al público y asegurando que se trataba de la obra de un loco, que sólo buscaba el desorden y que lo único que pretendía era sembrar discordias entre los gobiernos de Knaryl y la Tierra. El comunicado añadía que se estaban haciendo intensas pesquisas para encontrar a los culpables del hecho, los cuales recibirían un severo castigo por su reprobable acción.

En un aspecto menos oficial, los hombres de Knaryl empezaron a investigar. No tardaron mucho en dar con el lugar donde habían sido impresas las desafiadoras octavillas.

Bob Kartman fue detenido.

* * *

El hombre, con insignias de coronel, se inclinó sobre su prisionero, sentado en una silla de hierro, sólidamente sujeta al suelo y a la cual había sido atado por medio de recias correas de cuero auténtico. Kartman sostuvo sin vacilar la mirada del policía.

—De modo que no quiere decirnos dónde está la bomba —dijo el coronel Doccel.

—Es que no lo sé —contestó Kartman.

—¿Pretende hacerme creer que no...?

—Ustedes alardean siempre de que el palacio es invulnerable. Bien, eso les demostrará que no es verdad. A la hora señalada, el palacio saltará por los aires. Le aconsejo que lo evacúen.

—Todavía faltan dos días —dijo Doccel—. ¿Sabe cuántas cosas pueden pasar en ese espacio de tiempo?

—Mire, coronel, le voy a ser franco —dijo Kartman—. Tengo un pánico espantoso. Cuando me torturen, la carne se impondrá sobre el espíritu y gritaré como un loco. Pero no conseguirán que diga lo que ignoro de todo punto.

Doccel pareció sentirse muy impresionado por aquella respuesta. Durante unos segundos, vaciló, sin saber qué hacer.

Alguien entró de pronto en la habitación donde e taba el prisionero. Era un hombre bajo, ventrudo, ataviado con una lujosa túnica de color rosa. En el lado izquierdo llevaba un broche con el sello imperial.

Doccel se irguió respetuosamente y saludó lo mismo que los guardias que le acompañaban.

—Excelencia...

Leix Fraaz, virrey, dirigió una lánguida mirada al prisionero.

—¿Ha hablado? —preguntó.

—No, señor. Admite ser el autor de las octavillas, pero dice que no sabe dónde puede estar la bomba.

—Averígüelo como sea, coronel.

—Sí, excelencia.

Fraaz se arregló la túnica con gesto lleno de afectación.

—Y pregúntele también quién le encargó la impresión de ese panfleto.

—Sí, excelencia.

—No repare en medios. Hemos de evitar la destrucción de mi residencia.

—Lo evitaremos, señor.

Kartman contuvo una sonrisa. Así, pues, había una bomba dispuesta para ser activada en la fecha indicada.

De pronto, otro personaje entró en la estancia. Vestía un largo manto con capucha, que ocultaba sus facciones por completo. Fraaz y Doccel se irguieron en el acto, saludando al recién llegado con gran respeto.

—Señor —dijeron al unísono.

El encapuchado lanzó una mirada hacia el prisionero.

—¿Ha hablado?

—No, señor, no ha dicho nada de interés.

Hubo un momento de silencio.

—Es muy probable que no sepa más que lo que ya ha dicho. Aunque, sin embargo, puedo asegurarles que es obra de los ex almirantes Archer y Hronor.

—¡Pero están muertos! —exclamó Doccel.

—Había un refugio antiatómico en la granja, con salida a un kilómetro de distancia.

Doccel respingó.

—No lo sabíamos...

—Porque no buscaron bien entre las ruinas. Están vivos y no creo que haya una bomba en la residencia.

—Quizá no, pero no podemos estar seguros, excelencia —contestó Doccel—. A fin de cuentas, entran muchos terrestres...

—¿Ah, sí? ¿Y cree usted que una bomba puede ocultarse en el interior de la piedra de un anillo? Una bomba capaz de destruir la residencia tendría que ser muy voluminosa a la fuerza.

Doccel se atiesó.

—Excelencia, haremos todo lo posible por localizar la bomba —dijo firmemente—. Pero si no lo hubiéramos conseguido a la hora en que se anuncia la explosión, cumpliendo mi deber, como jefe de Seguridad, haré evacuar el palacio.

—En eso estoy de acuerdo con el coronel —dijo Fraaz.

—Muy bien —cedió el encapuchado—. Lo importante, sobre todo, es que no se pierdan vidas humanas. Una pregunta, delegado.

—Sí, excelencia.

—¿Están seguros los documentos reservados?

Fraaz sonrió.

—La caja fuerte fue traída directamente de Knaryl, señor. Podría resistir impunemente una explosión nuclear, aunque la colocaran adosada a la bomba.

—Entonces, los documentos están mejor en la caja fuerte que fuera.

—Sin dudarlo, señor. Además, quizá quieren que los saquemos, para apoderarse de ellos en un golpe de audacia. La caja, insisto, resistirá perfectamente, aunque todo el edificio se derrumbe sobre ella —declaró el virrey con gran énfasis.

El encapuchado agitó una mano.

—Está bien, gracias. Prosigan el interrogatorio —ordenó.

CAPITULO VI

—¿Cómo vamos de tiempo, Cayo?

Archer consultó su reloj.

—Bien, holgadamente —contestó.

Sphylla se retrepó en su asiento.

—Confieso que a mí no se me habría ocurrido una idea semejante —declaró—. Es algo fantástico; jamás había visto nada igual.

—Es una buena máquina, en efecto —sonrió el joven.

La perforadora actuaba incansablemente, movida por un generador prácticamente inagotable. El trépano, una colosal barrena de cuatro metros de diámetro, por otro tanto de largo, giraba a varios miles de revoluciones por minuto. Poderosos chorros de aire eran disparados hacia adelante, a fin de procurar una conveniente refrigeración a la barrena y después eran aspirados, junto con el polvo producido por la total trituración de la tierra y las rocas que encontraban en su ruta.

Dispositivos especiales, situados en la cola de la enorme máquina, atraían el polvo hacia una tolva, enviándolo después a unas máquinas aglomeradoras, que lo comprimían hasta formar grandes ladrillos en los que no restaba la menor partícula de aire. Una masa de un metro cúbico perdía así las cuatro quintas partes de su volumen y luego era lanzada hacia atrás, de tal modo que si era preciso regresar por el mismo sitio, el camino apenas si quedaba obstaculizado. Bastaba perforar un poco más, por el techo, preferentemente, para que el regreso se hiciese sin dificultades.

La velocidad de avance era también muy notable: un kilómetro por hora. Teniendo en cuenta que llevaban día y medio, la distancia recorrida superaba ya los treinta y seis kilómetros.

Para operaciones largas, la perforadora disponía de un habitáculo capaz para dos personas, con todas las comodidades incluidos los víveres y la reserva de agua. El interior de la cabina estaba totalmente estanco, de modo que no penetraba la menor partícula de polvo.

La máquina llevaba también un indicador de rumbo, que la mantenía constantemente en la dirección deseada. Asimismo disponía de los mecanismos necesarios para una temperatura adecuada en la cabina. Archer, por tanto, estaba seguro del éxito de la empresa.

—Los documentos —dijo al cabo de un rato—, estarán en la caja fuerte del palacio.

—Es lógico —contestó ella.

—Puede que se los hayan llevado...

—No creo. Aunque fuese cierto lo de la bomba, la caja fuerte es el lugar más seguro. Ellos piensan que los autores del mensaje pretenden la evacuación de la residencia, llevándose todos los documentos secretos que, fuera de su sitio, serían más fáciles de robar. Por tanto, para evitar posibles contratiempos, los dejarán en la caja.

—Muy bien, entonces, la abriremos...

—Ese es otro problema, Cayo. ¿Cómo piensa conseguirlo?

—Ya lo verá en su momento. Almirante, me gustaría saber una cosa.

—¿Sí?

—¿Qué hará usted cuando haya destruido la conjura?

—Oh... Bueno, supongo que volveré al servicio activo...

—Ah, le gusta la Armada.

—¿A usted no, Cayo?

Archer guardó silencio unos momentos.

—Seré Cincinato otra vez —dijo.

—Volverá a la granja.
—Sí.
—Quedó totalmente destruida.
—La reconstruiré.
—Nosotros le ayudaremos. La perdió por ayudamos a nosotros. Pagaremos todos los gastos. Pero le daré un consejo, Cayo, si me lo permite.
—Venga el consejo —sonrió él de buen humor—. Aunque no le garantizo que lo siga...
—Búsquese compañía.
—Contrataré un par de peones. Los necesitaré.
—Yo me refería a otra clase de compañía.
Archer se volvió un instante hacia la joven.
—Tú —dijo.
Sphylla se sofocó.
—No —repuso.
—¿Por qué?
—Prefiero volver a la Armada.
—Menos mal. No es cuestión personal, lo cual me dice que todavía conservo cierto atractivo.
Ella puso una mano en el brazo del joven.
—Lo siento, Cayo.
—No te preocupes. Era sólo una broma. Aunque habría resultado gracioso. El almirante derrotado se casa con el almirante victorioso. Estupendo, ¿verdad?
Sphylla guardó silencio. Archer observó las rápidas palpitaciones de su pecho bien formado. Estaba muy nerviosa, se dijo. «Ya se le pasará», pensó resignadamente.
De pronto, se oyó un tenue zumbido.
—Bueno, ya hemos llegado —dijo.
—¿Sí? —exclamó ella, con evidente ansiedad.
Archer manejó una palanca. Lentamente, el trépano empezó a variar su inclinación y, sin dejar de girar, se levantó hacia arriba.'
—Ahora nos sujetaremos con las correas, puesto que llegará un momento en que la perforadora actúe casi verticalmente —dijo Archer.

* * *

El trépano pareció desbocarse. Archer redujo la velocidad casi a cero.
—Ya hemos llegado —anunció.
La máquina trepidó varias veces. Luego se quedó quieta.
—Esperemos unos momentos a que disipe el polvo. Entonces, podremos salir.
Consultó su reloj y sonrió.
—Faltan quince minutos para que «explote» la bomba —dijo.
Cinco, más tarde, abrió la portezuela, salió fuera y puso los pies en el suelo lleno de polvo. Entonces vio algo que le llenó de asombro. .
—¡Bob!
—¡Almirante! —exclamó Kartman, no menos sorprendido.
Archer corrió hacia su amigo, atado a una silla sujeta al suelo.
—Me pillaron y no quise hablar, aunque ya saben que usted está vivo —explicó Kartman, después de que el joven le hubo librado de sus ligaduras—. Entonces, me trajeron aquí, con la intención de que hablase antes de que se produjera la explosión. Esto me parece un milagro, almirante...
Archer sonrió.
—Bob, no habrá explosión —dijo el joven—. Todo fue un farol. Quería solamente que evacuasen el palacio.
—Algo de eso adivinó el encapuchado —dijo Kartman.
—¿Un encapuchado? —se sorprendió Sphylla, que acababa de aparecer en escena.
—Sí. Ignoro quién pueda ser, pero sí vi que el coronel Doccel y el virrey le trataban con

gran respeto.

Sphylla se volvió hacia el joven.

—Es Nuboo —dijo.

—¿El Consejero Imperial?

—Sí. Tiene que ser él a la fuerza.

—Bueno, eso importa poco ahora —dijo Archer—. Sphylla, atiende a mi amigo. Dale algo reconfortante. Mientras tanto, yo me ocuparé de la caja fuerte.

—De acuerdo. Venga conmigo, señor Kartman.

El hombre sonrió.

—Almirante, la dama que le acompaña es la visión más agradable que he tenido en las últimas cuarenta y ocho horas —aseguró.

Archer miró a la joven y sonrió.

—No me cabe ninguna duda —contestó.

Se acercó a la perforadora y, de un compartimiento lateral, sacó una pesada mochila, que situó a sus espaldas. Un tubo flexible, de cinco centímetros de grueso, partía de la mochila y acababa en algo parecido a un lápiz de gran tamaño, que, sin embargo, adelgazaba hasta terminar en una punta de aguja.

Archer se puso también una máscara con gafas. Luego se acercó a una de las paredes, en la que se veía un espacio rectangular de cuatro metros de alto por dos de anchura.

El lápiz en que terminaba la manguera tenía una empuñadura semejante a la de un fusil con gatillo incluido. El índice de Archer apretó el gatillo.

Un rayo de luz, no demasiado intenso, brotó de la punta de la aguja. Archer empezó a trazar una línea que seguía casi fielmente los contornos de la caja fuerte.

Kartman se acercó poco después.

—¿Qué es eso, almirante?

—Una perforadora lumínica. Aunque parece que actúa constantemente, en realidad son descargas intermitentes, pero que se suceden con una rapidez de, aproximadamente, ciento veinte por segundo. La retina, naturalmente no puede captar los intervalos entre descarga y descarga.

—¿Y eso es suficiente para perforar el metal?

—Bob, cada descarga envía trillones de fotones a la velocidad de la luz. No hay cuerpo sólido que pueda resistir un ataque semejante.

—Me asombra que el constructor de la caja no lo tuviera en cuenta —manifestó Sphylla.

—La desventaja de este ingenio es que tiene muy poco alcance —contestó Archer—. De lo contrario, ahora no estarías hablando conmigo.

—¿Por qué? —se extrañó la joven.

—La necesidad de energía aumenta proporcionalmente a la intensidad de las descargas fotónicas y con respecto a la distancia del objetivo. La proporción, en cuanto a distancia, es exactamente del cuadrado en cifras. Por tanto, un cañón fotónico capaz de batir una sola de vuestras naves, a distancia de seguridad, necesitada un generador tan grande como la misma Tierra.

—Y ellos lo sabían...

—Pero ignoraban que el cañón fotónico puede emplearse para estas cositas —contestó Archer irónicamente—. Sospecho que el espesor de este metal alcanza los veinticinco centímetros. Para abrir una caja de caudales menos sofisticada, la disminución del generador es también proporcional. Por eso hay abrelatas que se usan con simples pilas eléctricas.

La línea de apertura estaba ya trazada. Archer desconectó el aparato y se retiró unos pasos.

—Bien, vamos a terminar la labor —dijo.

CAPITULO VII

Dejó la mochila en la cabina de la excavadora y sacó un raro artefacto, con el que se acercó a la caja fuerte. En realidad, era una gran ventosa de goma, provista de un pequeño compresor, que realizaba casi un perfecto vacío, con lo que la adherencia resultaba segura. Había también, en el extremo del mango, una anilla, a través de la cual pasaba una sólida cuerda, cuyo cabo tomó con ambas manos.

—Apártense —ordenó.

Sphylla y Kartman se echaron a un lado. Archer tomó aire y pegó un seco tirón a la cuerda.

La puerta se desplomó con un estrépito que hizo vibrar todo el edificio. Archer sonrió, a la vez que hacia un amplio ademán.

—«Madame», la caja fuerte está servida —dijo.

Sphylla avanzó unos pasos. Estudió el contenido de la caja y, de pronto, alargó ambas manos.

—Ya lo tengo —dijo.

Era una cartera de cuero marrón, con adornos de oro puro. Sphylla la sujetó complacidamente contra su pecho.

—Gorthon seguirá en su trono —añadió.

Kartman frunció el ceño.

—Almirante, ¿y para que ese miserable continúe en su puesto hemos estado corriendo tantos riesgos? —protestó.

—Bob, ¿ha oído hablar alguna vez del mal menor?

Kartman parpadeó.

—Gorthon es el mal menor —dijo.

—No lo dude. Pero ya es hora de marchamos, aunque antes quiero dejar un recuerdo a los invasores.

Archer fue de nuevo a la máquina y sacó dos latas de metal, una de las cuales entregó a Kartman. Una lata iba provista de una especie de cuchara de grandes dimensiones.

—Petróleo condensado —anunció—. Vaya rociando cuantos muebles más o menos inflamables vea, Bob.

—Pegar fuego a este palacio, qué alegría —rió Kartman.

Archer apreció que Sphylla no parecía sentirse satisfecha.

—¿Qué, no te gusta la idea? —preguntó.

—Es un edificio propiedad del Imperio...

—No me vengas con escrúpulos. Para nosotros, es la sede de la esclavitud.

Agarró la lata y se dispuso a abrirla, pero rectificó de pronto y se echó a reír.

—Voy a divertirme un poco —añadió.

—Cayo, estoy pensando en una cosa... —dijo ella de pronto.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—El palacio no arderá totalmente. Tarde o temprano, más bien temprano, adivinarán el método que hemos empleado y usarán detectores de profundidad para localizarnos.

—El mar está sólo a dos kilómetros. La máquina fue construida para trabajar en cualquier ambiente: bajo tierra, bajo el mar o en el vacío espacial.

—Ah, comprendo... Antes de dos horas, no podrán llegar aquí.

—Hay mucha decoración, mucho material inflamable —contestó Archer—. Espérame —insistió.

—Muy bien.

Archer corrió a continuación hacia el piso superior. De cuando en cuando, se detenía para lanzar una cucharada de petróleo sobre una cortina o algún mueble con predominio de madera en su estructura. Cuando hubo vaciado casi la lata, fue a una de las ventanas, la abrió y lanzó un poderoso grito:

—¡Pueblo de la Tierra! Aunque no sea por medio de una bomba, como anuncié, el palacio del delegado de Gorthon será destruido.

No le oirían. La distancia era demasiado grande, ya que todas las fuerzas de seguridad knarylitas se habían retirado a más de un kilómetro. Pero habría cámaras con micrófonos ultrasensibles y su imagen y sus palabras serían grabadas y divulgadas posteriormente. Aunque Fraaz intentase imponer la censura, cartuchos con cintas grabadas serían entregados a personas que harían emisiones clandestinas.

Ya no dijo más. Sacó un fósforo y lo arrojó sobre la lata, que se inflamó de inmediato, con potente llamarada.

—¡Bob! —gritó cuando vio que ya no había fuerza humana capaz de extinguir los incendios.

—¡Aquí, señor! —contestó Kartman.

Los dos hombres se reunieron en un rellano. Las llamas se propagaban con gran rapidez. Con dos simples latas de diez litros cada una de petróleo condensado, habían realizado la misma labor que si hubiesen empleado doscientos litros. Había sistemas contraincendios, ciertamente, pero no personal para combatir el fuego.

Saltando los peldaños de cuatro en cuatro, descendieron al piso inferior y se precipitaron en la sala donde estaba la perforadora. Al llegar allí, recibieron una sorpresa mayúscula.

—¡Se ha ido! —exclamó Archer.

Sphylla se sentía desazonada, pero trataba de consolarse a sí misma, diciéndose que no había podido actuar de otra forma. Una y otra vez se repetía que ha-

—¡Se ha ido! —exclamó Archer.

* * *

Sphylla se sentía desazonada, pero trataba de consolarse a sí misma, diciéndose que no había podido actuar de otra forma. Una y otra vez se repetía que había hecho lo que tenía que hacer, que no era sino el cumplimiento de su deber, pero ningún argumento de los que empleaba lograba convencerla.

A pesar de todo, continuaba manejando la perforadora. En los días que-había permanecido a bordo con Archer, había tenido tiempo más que suficiente para aprender su manejo, no demasiado difícil, por otra parte. Además, los diversos instrumentos teman indicadores gráficos, lo cual facilitaba aún más la labor de pilotar aquel colosal cacharro.

A su lado, en el asiento que ahora se hallaba vacío, reposaba la cartera con los documentos. Había salido al mar hacía poco rato y se había tomado cierto tiempo de descanso para examinar su contenido. Había allí un material que bien podía calificarse de explosivo.

Ahora viajaba lentamente bajo las aguas, alejándose de la costa, para emerger a gran distancia. El manómetro de profundidad señaló de pronto los cien metros y decidió que podía navegar, en lugar de deslizarse sobre el fondo marino. Con gran cuidado, manejó las bombas y la perforadora se elevó, para estabilizarse a una cota de sesenta metros.

El mismo trépano servía de elemento de propulsión, girando con relativa lentitud. Los orientadores le permitían seguir el rumbo sin complicaciones. Una hora más tarde, emergería cerca de un lugar donde había dejado escondido un aeromóvil. De allí, al astropuerto y...

Llegado el momento, hizo que la perforadora aflorase a la superficie. El mar estaba tranquilo y los movimientos de la máquina eran mínimos. Abrió la cúpula y respiró a pleno pulmón el aire libre.

De pronto, oyó un golpecito a sus espaldas.

Alarmada se volvió. Creyó que soñaba.

El coronel Doccel estaba en pie, sobre la estructura, apuntándola con una pistola neurónica.

Doccel sonreía satisfecho.

—¡Sorpresa! —dijo.

Sphylla quiso hablar, pero las palabras se negaban a salir de su boca. Un aeromóvil descendió raudamente de las alturas y se estabilizó a un par de metros de la superficie.

La escotilla se abrió y un sujeto apareció en el umbral, sonriendo con no menos satisfacción que Doccel

—¡Sorpresa! —dijo también el Consejero Erkso Nuboo.

* * *

—El negocio salió redondo —dijo Nuboo—. Informaré de ello a su majestad. Les propondré a ambos para un ascenso.

Leix Fraaz, delegado imperial, y el coronel Doccel se inclinaron profundamente.

—Cumplimos con nuestro deber, excelencia —respondió el primero.

—Actuamos por el emperador —exclamó Doccel.

—Lo sé. Caballeros., les estoy muy agradecido y cuando yo siento gratitud por alguien, no me limito sólo a las buenas palabras —dijo Nuboo enfáticamente Miró a su alrededor y torció la boca—. Lástima que hayamos tenido que alojamos en este hotel…

—La residencia será reconstruida en el plazo más breve posible —aseguró el delegado-. Ya están trabajando equipos de expertos y operarios, que la reacondicionarán en muy pocas fechas, señor.

—Para mí eso ya no tiene interés; partiré muy pronto de regreso hacia Knaryl. De todas formas estimo que es una excelente labor· Coronel, por favor, ¿quiere pedir café?

—Cómo no, excelencia...

—Agradecería me dejaran solo —rogó Nuboo— He de redactar un mensaje y luego cifrarlo. Cuando haya terminado, delegado, le llamaré para que lo curse con sello de prioridad absoluta.

Fraaz se inclinó de nuevo.

—Estamos a las órdenes de su excelencia —manifestó.

—En seguida le traerán el café, señor —informó Doccel.

Los dos hombres se retiraron. Nuboo quedó en el gabinete de la suite que ocupaba el «Emperador Gorthon». Por un momento, pensó en dictar el mensaje, pero rectificó muy pronto y sacó una pluma de anticuado estilo, con la que empezó a escribir de inmediato.

La clave era' muy sencilla y se la había aprendido de memoria para evitar complicaciones. Escribió unas frases, corrigió un par de palabras, tachó unas cuantas, añadió tres o cuatro y, finalmente, repasó lo escrito, quedando satisfecho del contenido del mensaje.

Entonces, llamaron a la puerta. Había dos soldados de guardia y uno de ellos abrió.

—El café, excelencia.

—Muy bien, dejen pasar al camarero.

—Lo hemos registrado, señor, no lleva armas.

—Gracias, soldado.

Un hombre entró, portador de una bandeja, en la que se veía el servicio de café. Iba ataviado con el uniforme de los servidores del hotel: chaquetilla corta, roja, con la insignia imperial en el lado izquierdo del pecho, camisa blanca, con lazo redondo, y pantalones negros, ajustados a partir de las rodillas y hasta los pies. El mozo dejó la bandeja sobre una mesa y sirvió el café.

Nuboo distraído, tomó un sorbo. El camarero sacó un pañuelo y limpió algo.

—¿Qué Hace, muchacho? —preguntó.

—Perdón, excelencia. Tendré que pedir al jefe de camareros que haga una queja al servicio de limpieza. Había un poco de polvo...

—Ah... Es usted muy amable.

—Gracias, excelencia.

—Terrestre, ¿verdad? —dijo Nuboo.

—Sí, excelencia.

Nuboo sonrió. Sabía lo que esperaba el sujeto. Terminó el café y sacó un par de monedas.

—Muchísimas gracias, señor —dijo el camarero—. Es usted muy generoso.

—No tiene importancia, amigo.

Nuboo volvió a los papeles que tenía sobre la mesa. Al cabo de unos instantes, se dio cuenta de que el camarero continuaba en pie, a pocos pasos de distancia.

—No se moleste en esperar —dijo—. Ya llamaré cuando desee que retiren el servicio de café.

El camarero sonrió.

—Es que... Lo siento mucho, excelencia, pero las dos monedas, que en conjunto suman un crédito, me parecen muy poco.

Nuboo alzó las cejas.

—Creo que no he oído bien —murmuró.

—Su excelencia tiene el sistema auditivo en perfectas condiciones —respondió impertérrito el camarero—. Dije qué un crédito me parece muy poco dinero.

Nuboo se retrepó en su asiento y le miró fijamente.

—No sé qué hacer si llamar a la guardia y ordenar que lo lleven arrestado o quejarme a la dirección del hotel.

—Aconsejo a su excelencia que no haga ninguna de las dos cosas, De lo contrario, no le podría facilitar el antídoto para el veneno que ha tomado con el café.

CAPITULO VIII

En el silencio que sobrevino habría podido oírse el vuelo de una mosca. Nuboo tenía la boca abierta de par en par y miraba hipnóticamente al hombre que tenía frente a él.

De pronto, le pareció conocido. Sonriendo, el camarero se quitó una peluca negra y se despojó del bigote que cubría su labio superior.

—¡Archer! —gritó Nuboo.

—El mismo, excelencia. En carne y hueso...

—Pero... ¿cómo diablos pudieron escapar del incendio?

—Muy sencillo; cuando ustedes se convencieron de que no había bomba, se precipitaron a salvar lo que se pudiera del fuego. Hubo una gran confusión, cientos de personas moviéndose aquí y allá..., ¿quién reparaba en dos más, con tanto jaleo?

—Astuto, muy astuto —dijo Nuboo, retrepándose de nuevo en el sillón—. Y ahora ha venido a verme, disfrazado de camarero, para envenenarme... ¿Espera que lo crea?

—Deje pasar solamente sesenta minutos y el gobierno satélite de la Tierra le dedicará unos solemnes funerales.

Nuboo estudió el rostro de su oponente y llegó a la conclusión de que la amenaza era cierta.

—¿Cuánto pide por el antídoto? —preguntó, al fin.

—Dinero y garantías de que no seré molestado. Las garantías, por escrito.

—Muy bien. Cuando uno ve las orejas al lobo, como dicen ustedes, los terrestres, hace cualquier cosa por salvar el pellejo. Tendrá las garantías escritas. A fin de cuentas, conseguí lo que deseaba.

—¿Cómo?

Nuboo sonrió.

—Ustedes fueron listos, pero yo también. A pesar de la distancia, escuchaba fácilmente todo cuanto se decía en el palacio. Entonces, ayudado por unos fíeles amigos, fuimos a esperar que Sphylla emergiera del fondo del mar.

—Y recobraron los documentos.

—En efecto.

—No hemos visto más la perforadora, de modo que hemos de suponer que fue hundida.

—Sí, señor —contestó Nuboo, rebosante de satisfacción.

—¿Con ella a bordo?

—Paz a su alma.

Hubo un instante de silencio. Archer se sintió acometido por una oleada de cólera, pero casi en el acto, pensó en la traición cometida por Sphylla.

—No me importa —manifestó—. A fin de cuentas se trata de una intriga cortesana. Detesto las luchas subterráneas por el poder, las traiciones, las zancadillas, las puñaladas por la espalda... Ella apostó a un caballo y le entró el último.

—Exactamente, almirante.

—Ex almirante, señor. Y ahora, vamos a lo nuestro Ustedes destruyeron mi granja. El valor actual es de dos millones setecientos mil créditos en cifras redondas. Una perforadora destruida, diez millones justos. Daños en la imprenta de mi amigo y antiguo subordinado doce mil ochocientos veintisiete créditos. Total, doce millones setecientos doce mil ochocientos veintisiete créditos. Su excelencia vino bien provisto de fondos para la «campaña». Deme un cheque por esa cantidad, escriba el salvoconducto, y le daré el antídoto y quedaremos tan amigos.

—¿Y no teme que después yo me eche para atrás, cancele el cheque y anule la garantía?

—En su lugar, yo no lo haría. Tengo amigos que saben dónde estoy y lo que hago. A pesar de la censura, la noticia acabaría por divulgarse. Su excelencia quedaría en muy mal lugar, aunque decidiese correr el riesgo de asesinarme. ¿Quién podría confiar entonces en la palabra de un knarylita? Además, se sabría lo fácil que es llegar hasta un knarylita de alto rango. Otros terrestres ya no se sentirían tan moderados y...

—Basta —sonrió Nuboo—. Me ha convencido, almirante. Le daré lo que pide.

Escribió unos minutos y luego entregó dos papeles al joven. Archer los repasó y movió la cabeza, en señal de aprobación.

—De acuerdo. —Metió dos dedos en la boca y sacó una píldora de forma irregular—. Tuve que traerlo aquí, para evitar registros incómodos —añadió, a la vez que la dejaba sobre la mesa.

Nuboo miró la píldora con repugnancia.

—¿Tengo que tragarme eso?

—Aseguro a su excelencia que se disolverá en su estómago, antes de un minuto. El antídoto es inmune a la saliva, pero no a los jugos gástricos. De todos modos, si prefiere morir...

—Diablos, no —masculló Nuboo.

Y se tragó la píldora.

Entonces, Archer vio dos papeles sobre la mesa. Nuboo adivinó sus intenciones. Las dos manos llegaron al mismo tiempo a cada uno de los papeles.

—Déme eso —pidió el knarylita roncamente.

—No. Veo que es un mensaje cifrado... Usted tiene el borrador, parece. Puede repetirlo cuando guste, ya que desconozco la clave.

Nuboo vaciló.

—No conseguirá descifrarlo. Es una clave que sólo dos personas conocemos, puesto que no está escrita y la guardamos en la memoria. La otra persona, lógicamente, está en Knaryl.

—Muy bien, pero, por si acaso... —Archer hizo una burlona inclinación—. La mejor noticia que podrían darme es que han empalado al cerdo de Gorthon.

Y echó a andar hacia la puerta.

—Cumpla su palabra, Nuboo, y yo cumpliré la mía. La he cumplido, mejor dicho, puesto que le he dado el antídoto. Adiós.

El knarylita no dijo nada. Al quedarse solo suspiró.

Archer no conseguiría descifrar jamás el mensaje. Y en cuanto al dinero...

—Lo mejor es olvidarlo —rezongó, mientras se aplicaba a cifrar el mensaje por segunda vez.

* * *

Seis meses más tarde, la granja empezaba a renacer de nuevo. Archer se sentía contento, a pesar de su cansancio. Había trabajado de firme. Todo volvería a ser como era.

Nuboo no le había vuelto a molestar. En Knaryl, sin embargo, todo seguía igual. Gorthon

continuaba ocupando su trono. Archer pensaba que conquistar el ánimo de casi quinientos virreyes era tarea menos fácil de lo que los conspiradores habían supuesto.

Pero no le importaba en absoluto. Tenía su trabajo y era feliz.

Cierto día vio descender un aeromóvil que se posó a pocos metros del lugar en que se encontraba arrastrando la tierra salada hasta un vertedero, con la ayuda de una gran pala mecánica. Intrigado, paró la máquina y espero al ocupante del aparato.

Era un hombre bajo, gordo, medio calvo, de rostro plácido, pero expresión astuta. En el lado izquierdo del pecho llevaba la gran insignia redonda de los comerciantes con licencia interestelar.

—¿Almirante Archer? —dijo el recién llegado.

—Por favor, ponga el «ex» antes del título —rogó el joven—, ¿Con quién tengo el honor...?

—Andrónico Walennos —se presentó el sujeto— Comerciante y vengo de Knaryl. Tengo un mensaje para usted.

—¿Un mensaje? ¿De quién? —se sorprendió Archer.

—De una persona a la que conoce muy bien. Tenía el mismo rango que el suyo. Ahora está remando en galeras.

Archer levantó las cejas.

—Señor Walennos, no tengo ganas de bromas —dijo secamente—. Esa persona murió hace seis meses

—Está equivocado. Yo la he visto. He hablado con ella. Está viva, pero condenada a una pena mil veces peor que la misma muerte. Usted no sabe qué es remar en las galeras knarylitas...

—¿Trata de decirme que Sphylla Hronor está viva?

Walennos se encogió de hombros.

—Puede creerme o no, almirante, pero es la pura verdad —contestó.

—Si es cierto, ¿por qué no me da el mensaje? Al menos, me gustaría ver su letra...

—Lo siento: ella no tiene nada en que escribirle. Simplemente, me pidió que se lo transmitiera oralmente. Yo le dije que usted no lo creería, pero ella mencionó una cifra que, dijo le convencería de la autenticidad del mensaje. La cifra es GEPTA4402. Si mis conocimientos no me engañan, eso es una Gran Excavadora Perforadora Todo Ambiente, ¿no es verdad?

Archer respingó. Sí, las cifras de la matrícula de la perforadora perdida eran las mencionadas por el comerciante. Y, aparte del dueño, sólo una persona podía conocer tal dato en Knaryl.

—El mensaje, señor Walennos —pidió imperativamente.

—Escuche bien, porque me lo aprendí de memoria: «Ayúdame. Te traicioné y estoy arrepentida. Todavía podemos triunfar si me ayudas. Sphylla.» Eso es todo, almirante.

Archer apretó los labios.

—De modo que no murió, sino que se la llevaron a Knaryl —murmuró.

—A eso no le puedo responder. Sólo sé que la vi y ella me dio el mensaje. Oiga, le aseguro que remar en galeras no tiene nada de agradable, si yo estuviese en su lugar, haría todo lo posible por libertarla.

—¿Usted no lo intentó?

—Tengo que mirar por mi licencia de comerciante interestelar —contestó Walennos significativamente.

—Comprendo. Pero ¿cómo pudo verla...?

—Oh, el lugar donde reman los condenados a galeras es casi público, a fin de que la gente pueda darse cuenta de lo que les ocurre a aquellos que violan las leyes. Tengo un amigo en la guardia de las galeras, le pedí visitar aquello, por curiosidad... Un hombre de mi condición debe conocer todo lo que sucede en este mundo, almirante.

—Sí, parece razonable. Gracias, señor Walennos.

—He tenido un gran placer en conocerle. Si aprecia en algo a aquella pobre chica, sáquela de las galeras… o no vivirá más de un año.

Archer asintió. Walennos le tendió la mano y se marchó.

Al cabo de unos minutos, Archer se encaminó a la cabaña que había construido personalmente, en espera de poder edificar una casa en condiciones. Fue al ropero y buscó las ropas que había utilizado para entrar en la suite ocupada por Nuboo.

Todavía conservaba el mensaje cifrado. Con él en uno de los bolsillos, partió en busca de un antiguo conocido, de cuyas aptitudes esperaba notables resultados.

Dos horas más tarde, Rod Canney, antiguo oficial de transmisiones de Fuerte Seguridad, tenía el papel en sus manos.

—Es una clave muy personal, que no está escrita, sino solamente memorizada, a fin de que sólo dos personas puedan conocer los mensajes que se cambian entre ellos —explicó Archer—. Pero, si mal no recuerdo, usted fue el que descifró los indescifrables escritos de la Losa de Angkharvel, escritos que se habían resistido durante trescientos años a los más reputados criptógrafos de la Tierra.

Canney sonrió.

—Así fue, almirante —contestó.

—Entonces, descifre este mensaje, por favor. Un favor personal, Rod.

—-Claro.

Canney se aplicó inmediatamente al trabajo. Archer confiaba en él. La Losa de Angkharwel había sido la clave para entender la civilización del planeta del mismo nombre, desaparecida sin apenas dejar rastro ciento treinta mil años antes. Había sido un sensacional descubrimiento arqueológico y todavía se mencionaba el nombre del descifrador en los ambientes profesionales con singular respeto.

Además, Canney conocía a la perfección el idioma knarylita. Otra ventaja, pensó Archer.

La labor no fue fácil y duró veinticuatro horas, en cuyo espacio de tiempo Canney no pegó ojo ni Archer se movió de su casa. Al fin, el criptógrafo le entregó un papel:

—Léalo y dispense, almirante, pero me voy a dormir. Por favor, cierre la puerta al salir —rogó.

Archer sonrió:

—Buen trabajo, muchacho —dijo, palmeándole la espalda.

Luego leyó el mensaje descifrado:

«Prisionera será conducida a cuarta división galeras, donde cumplirá sentencia indefinida por delito de asesinato. Se remitirá documentación en cuanto sea posible. Consejero P. Nuboo.»

* * *

—Los galeotes reman encadenados a sus bancos —dijo Walennos, a la vez que tendía una copa llena de rojo vino a su visitante—. Por supuesto, no son cadenas reales, con eslabones de hierro, sino electromagnéticas. Cada condenado tiene una argolla en el tobillo, derecho o izquierdo, según el banco en que está situado. Y mientras el director de remo, lo que en la antigüedad se llamaba cómitre, no desconecta todos o parte de los lazos electromagnéticos, los galeotes no pueden abandonar el banco de boga. Por supuesto, algunos lo intentan, pero son los que están desesperados y prefieren acabar con su vida.

—¿Qué sucede entonces, Andrónico? —preguntó Archer.

—Usted tiene un hilo eléctrico en las manos, partido en dos. Mientras mantenga juntos los dos extremos, no sucede nada; la corriente circula con normalidad. Si los separa un poco, salta la chispa eléctrica.

—Creo que entiendo. Al alejarse demasiado del banco de boga, se produce una descarga...

Walennos apuró su vino.

—Y el galeote queda frito —concluyó la inacabada frase del joven.

—Pero, no entiendo... ¿Qué utilidad tienen las galeras, esas anticuadas naves marinas, en pleno siglo XXVIII?

—Almirante, temo que no sabe bien el significado de una frase que es más bien metafórica. Sí, hay bancos de boga, con remos y remeros..., pero no hay tales galeras. Los galeotes reman y su trabajo produce energía eléctrica. Cuatrocientos remos movidos a la vez, hacen girar una gran rueda, esta mueve una dinamo y... Bueno, no hace falta que le explique el resto, supongo.

—Comprendo —dijo Archer—. En lugar de energía nuclear o hidráulica o, simplemente, térmica, emplean la fuerza humana.

—Que yo sepa, hay veinticuatro divisiones de galeras. No se puede decir que una sea mejor que otra. El que es condenado a remar, ya no sale vivo de allí.

—Veinticuatro divisiones...

—Multiplique por cuatrocientos en cada turno y son cuatro turnos diarios. Separación de sexos, por supuesto.

Archer se estremeció. Más de treinta y ocho mil seres humanos condenados a padecer un refinado tormento, del que sólo se librarían con la muerte.

—Veo que quiere ayudar a esa joven, almirante —dijo Walennos, en vista del silencio de su visitante.

—No se lo merece, pero...

—Hable con Homy Yaldd. Es el jefe de boga de la cuarta división de galeras. Yaldd es «permeable» al soborno. Pero tendrá que hacerlo bien o no aceptará el trato.

—Comprendo.

—Si es necesario, cite mi nombre, almirante.

Archer miró a su interlocutor.

—Usted no estuvo en las galeras sólo por curiosidad —dijo.

Walennos llenó las copas nuevamente.

—Le seré franco, almirante, y añadiré que haría lo mismo con usted, si llegase la ocasión. Por fortuna, nuestros negocios son muy distintos. Tuve un empleado que me traicionó. En Knaryl mató a un nativo, en el curso de una orgía y lo condenaron a galeras.

—Y lo sacó de allí...

—Porque no quería que lo matasen otros —contestó Walennos fríamente.

Hubo un momento de silencio. Luego, Archer se puso en pie.

—Le quedo muy reconocido, Andrónico —se despidió.

—Hago votos para que consiga sus propósitos —dijo el comerciante.

CAPITULO IX

Las vestimentas del visitante eran discretas, pero caras. Homy Yaldd le contempló con curiosidad y también con instintivo respeto. Jaxel Moo parecía personaje de alto rango.

Era un hombre joven, de pelo negro y rostro muy tostado. Tenía un cierto aire displicente, que le hacía parecer casi indiferente a todo. No obstante, Yaldd pudo darse cuenta de que los ojos del visitante no perdían el menor detalle de cuanto veía a su alrededor.

—Verá, jefe —dijo Archer, en su papel de extranjero, el caso es que soy propietario y señor de un pequeño satélite, poblado por algo así como dos millones de personas. Parece que algunos discuten mi autoridad, y aun eso no sería demasiado malo, si no fuese porque también se niegan a cooperar con parte de sus ingresos al mantenimiento de las instituciones. Por tanto, he pensado que tal vez el establecimiento de una galera resultaría conveniente en Hyawur, que es el nombre del satélite cuyo dominio consiguieron mis antepasados con no pocos esfuerzos.

—Comprendo a su excelencia —dijo Yaldd—, y nada me agradaría más que servirle en lo que me sea posible. ¿Qué puedo hacer por usted, señor?

—¿Podría visitar la nave donde están los bancos de boga?

—Nada más sencillo, excelencia. Por aquí, hágame el favor.

Hasta entonces, habían hablado en una modesta oficina, donde Yaldd tenía su despacho. El sujeto abrió la puerta y avanzó a lo largo de un maloliente pasillo, acabado en otra puerta, que abrió sin vacilar.

—Pase, señor —dijo.

Archer se detuvo un instante al percibir la fetidez del ambiente. Casi sintió náuseas, aunque, haciendo un gran esfuerzo, consiguió dominarse.

—Gracias, jefe

Era una nave alargada, con techo de vidrio, en armazón de metal. En el centro, había una especie de pasarela, situada a dos metros sobre el suelo, de unos trescientos metros de largo. A ambos lados, se divisaban los bancos de boga, ocupado cada uno por una mujer cuyas manos movían rítmicamente un largo palo cilíndrico, siguiendo el ritmo que marcaba un guardia situado al Fondo, golpeando con sendos mazos dos discos de metal…

Varios guardias se movían arriba y abajo por la pasarela, observando la labor de las remeras. Archer, horrorizado, vio mujeres de todas las edades, algunas de ellas agotadas por el trabajo, envejecidas prematuramente, con la mirada vidriosa y las facciones inexpresivas.

—Venga, venga —dijo Yaldd obsequiosamente.

Archer le siguió, fingiendo atender las explicaciones del jefe de división, pero, en realidad, escrutando atentamente cada rostro que le salía al paso. Llegaron al otro lado y dieron la vuelta, para regresar en sentido contrario. De pronto, Archer captó un rostro conocido.

Sphylla ni siquiera reparó en él. Vestida con un ceñidor que cubría escasamente sus senos y un trozo de trapo en torno a las caderas, movía rítmicamente su remo con una expresión de total desesperación pintada en el que había sido un bello rostro y ahora aparecía ajado y casi irreconocible.

También observó otro detalle que le hizo sentir cierto asombro.

—Jefe, ¿por qué esa condenada tiene grilletes dobles? —preguntó.

Yaldd bajó la voz.

—Ordenes especiales, señor —dijo—. Lo dispuso así quien tiene poder para hacerlo. Yo no sé más y, sinceramente, no me meto en honduras.

Archer simuló una sonrisa.

—Lógico, jefe —contestó.

Sí, Sphylla tenía dos argollas en los tobillos. Nuboo había querido asegurarse de que la

joven muriese remando.

—Muy interesante —añadió el joven en alta voz, confiando en que Sphylla pudiese oírle —. Realmente interesante y creo que mis súbditos rebeldes tendrán motivos para cesar en sus protestas a partir de ahora.

Sphylla se sobresaltó al oír aquella voz y estuvo a punto de perder el ritmo de boga. Uno de los guardias la increpó brutalmente.

—Estúpida, ¿en qué estás pensando? Rema bien o, por todos los diablos, te añadiremos una hora más a tu turno...

—Dispense, señor —rogó Sphylla humildemente.

—¡Calla, puerca!

Archer observó la delgadez de Sphylla y la pálida blancura de su piel, cubierta no obstante de una fina película de sudor. Ella le había dirigido una mirada muy fugaz. «Me ha reconocido», pensó.

Pero ni a su peor enemigo habría deseado un tormento semejante, se dijo. Consiguió sonreír al mirar a Yaldd.

—Jefe, ahora me interesaría conocer la sala de generadores —manifestó.

—Será un placer, excelencia —accedió Yaldd.

En el caso de Sphylla, Archer supo que no podría sobornar al jefe de boga, ni tan siquiera debía formular la menor insinuación al respecto. Podía resultar peligroso y entonces Sphylla habría perdido todas las esperanzas de salvación, una buena propina, en todo caso, unas frases amables y basta, se dijo.

Por fortuna, había ido prevenido. En recuerdo de sus tiempos en que había tenido que utilizar sus conocimientos de táctica y estrategia, había creído conveniente elaborar dos planes. Uno, el del soborno, quedaba descartado.

Tendría que utilizar el otro, más seguro, pero también con muchos más riesgos.

* * *

Una vez en el hotel, se despojó de la amplia túnica que había llevado puesta hasta aquel momento y descolgó de su cinturón un aparatito en forma de caja oblonga, que situó sobre una mesa. Apretó un botón situado en uno de los bordes y un trozo de papel asomó en el acto por una ranura situada en el lado opuesto.

Sonrió satisfecho. Ahora tenía las coordenadas de la posición de la cámara de boga, con exactitud casi absoluta. El margen de error no superaba los cinco centímetros.

Luego miró su reloj. La visita se había producido a las once de la mañana. El turno de Sphylla había dado comienzo a las seis; por tanto, terminaría a las doce. Debería actuar dieciocho horas más tarde, cuando la joven iniciase su siguiente turno de boga.

Cansado, pero más por la excitación nerviosa que por otra causa, se tendió en la cama. Sphylla le había dicho que aún podían triunfar si la ayudaba. ¿Cuál era el oculto significado de aquella frase?

Se preguntó también por qué volvía a tomar parte en una intriga palaciega, de resultados imprevisibles. Nuboo estaba colocando sus peones uno tras otro y, aunque era una tarea larga, conseguiría finalmente los resultados apetecidos. Pero la labor de Nuboo no se podía realizar sin un buen servicio de información, tendría espías por todas partes. ¿Descubrirían su auténtica personalidad?

Desazonado, trató de apartar aquellas ideas de su mente. Un tanto fatalista, se dijo que lo que debía suceder, sucedería. Lo que tenía que hacer era descansar..., aunque también debía enfrentarse con otro problema: el dinero.

Le llegaría justo para el regreso a la tierra. Todavía no había acabado de invertir en la granja la indemnización arrancada a Nuboo. El porvenir, en este aspecto, se le presentaba muy negro.

Al fin, hizo un esfuerzo y consiguió dormirse.

* * *

A las seis en punto empezó a prepararlo todo. No quiso llevar ropas flotantes y se puso solamente un mono muy ajustado, con un cinturón de traslación individual. A la espalda se colgó una mochila, con otros aparatos que iba a necesitar. Luego revisó el indicador de coordenadas de su cinturón.

El punto de llegada estaba marcado exactamente. En el momento de apretar el botón de puesta en marcha, cerró los ojos.

—Allá voy, Sphylla —murmuró.

Hubo un fogonazo y se sintió envuelto en lo que parecía una explosión nuclear. Pero aquella sensación tan desagradable duró solamente unas décimas de segundo.

Se encontró en la sala de generadores, que reconoció en el acto. No había nadie, apreció, muy aliviado.

Corrió hacia la puerta y entreabrió una rendija. El tumo de las seis había comenzado ya. Sí, Sphylla estaba allí, con su gesto de desesperación, resignada a lo inevitable.

—Cuando todo esto haya pasado, te daré lo que te mereces —masculló.

Volvió sobre sus pasos. Buscó el generador auxiliar y lo desconectó. Luego, por medio de una pistola láser, quemó una buena porción de los cables. La reparación duraría bastante y, desconectado aquel generador las remeras estaban ya libres, aunque no lo supieran De aquella forma, no podían «encadenarlas» de nuevo, al menos, en un plazo de tiempo relativamente

Luego asió la palanca de anexión del generador principal. Los remos, en realidad palancas que accionaban un complejo sistema de ruedas y engranajes, situado bajo el piso de los bancos de boga, necesitaban encontrar cierta resistencia, para que su acción fuese eficaz. Pero cuando bajase la palanca, todos los mecanismos quedarían desconectados y los remos solo serían unos palos sin utilidad alguna.

Movió la mano de golpe. En la sala de boga resonaron bruscamente unos gritos de alarma, acompañados de bastantes chillidos.

Había llegado el momento de actuar. Sacó la pistola paralizadora y saltó hacia la puerta, que abrió de golpe.

Reinaba una gran confusión en la sala. Al cesar la resistencia, la mayoría de las condenadas habían caído hacia atrás. Los guardias, desconcertados, no sabían qué hacer.

Archer corrió velozmente, pistola en mano. Un guardia le vio y gritó desesperadamente, a la vez que trataba de desenfundar el arma que pendía de su cintura.

Archer le disparó un proyectil -paralizante. Luego lanzó un poderoso grito:

—¡Estáis libres! ¡No hay corriente en vuestros grilletes!

Una mujer se puso en pie y agitó la pierna. Vio que no le pasaba nada y lanzó un terrible aullido.

—¡Es cierto! ¡Vamos, muchachas, a por ellos!

Archer había calculado bien: el resentimiento y el odio hacia los guardianes estalló en cuatrocientas mentes como otras tantas bombas. Cuatrocientas mujeres se abalanzaron ferozmente contra los guardianes, paleando contra ellos con atroz salvajismo. Archer decidió aprovechar la ocasión y se acercó a la joven.

—Póntelo, rápido —dijo—. Ya están marcadas las coordenadas.

Sphylla vaciló. Furioso, Archer le dio una bofetada.

—¿Quieres que nos sorprendan aquí? —rugió.

La joven reaccionó e hizo lo que le ordenaban. Mientras tanto, se producía una espantosa lucha a su alrededor.

Un guardia fue lanzado al suelo desde la pasarela. Decenas de pies convirtieron su cuerpo en una pulpa sangrienta. Yaldd intentó escapar, pero fue atrapado por una veintena de furias, que lo destrozaron sin piedad.

Archer agarró el brazo de la joven.

—¡Vamos! —gritó.

Un segundo después, habían desaparecido de aquel lugar.

CAPITULO X

Acostada a la sombra de un árbol, cubierta por una manta, Sphylla dormía apaciblemente. Archer contempló su rostro demacrado y sin color, y sintió una viva pena por aquella mujer, que tanto había padecido.

El rencor por la traición había desaparecido ya. Archer se daba cuenta de que Sphylla actuaba por una causa que, pese a tener su buena dosis de idealismo, dejaba poco lugar para los sentimientos personales.

—Además, ¿qué ganaría con odiarla toda mi vida? —se dijo.

Sphylla despertó a media tarde. Archer le entregó un tazón con un líquido caliente y aromático.

—Aunque sea de pastillas, es caldo — sonrió, en cuclillas frente a la joven.

Ella se recostó contra el tronco del árbol, tomó unos sorbos y un leve color apareció en sus mejillas.

—Nunca creí que lo consiguieras —dijo—. Si te envié el mensaje, fue porque ya no sabía adónde volverme.

—Hiciste la llamada oportuna a la persona adecuada —contestó él—. Nuboo te sorprendió, ¿eh?

—Tenía detectores de escucha muy sensibles y oyó lo que decías sobre salir al mar con la perforadora.

Entonces, me esperó...

—Y te pescó sin necesidad de red. Pero él me dio a entender que habías muerto.

—Claro, no quería que intentases mi rescate. Aunque de haberlo sabido entonces, quizá ni te hubieses preocupado por mí.

—Es lo más, probable, en efecto —convino Archer—. Bueno, chica lista, estás a salvo. Lo has pasado mal; ¿eh?

Ella dejó el tazón a un lado y le enseñó las manos encallecidas.

—Ahora podría empuñar una azada en tu granja y lo haría cien veces mejor que tú — contestó.

—Lo dudo mucho. Es un trabajo que no te gusta. Pero no discutiremos por los callos de tus manos. Sphylla, ¿sabes que no estás nada bien?

—Tengo un aspecto horrible, ¿verdad? —sonrió la joven.

—No es el aspecto, sino tu estado físico. Traje un diagnosticador universal. Estás completamente agotada y con un déficit espantoso de glóbulos rojos. Hablando con más claridad: te quedaban escasamente dos meses de vida.

Sphylla se asustó.

—¿Tan grave está la cosa, Cayo?

—Sobrevivirás, pero no te dejaré hacer el menor esfuerzo en dos semanas. Luego convalecerás otras dos y, finalmente, necesitaremos dos más, para que recobres tu forma habitual. El diagnosticador universal es maravilloso; aparte de lo que yo veo con mis propios ojos, ha indicado tu tratamiento de una forma que no deja lugar a dudas. Reposo, sol, aire puro y buenos alimentos, eso es todo.

—Pero... ¿y si nos descubren? —preguntó ella, aprensiva.

—Cuando decidí liberarte, tracé unos planes que ya estoy poniendo en práctica. Desde el aviso de Walennos hasta hoy, han transcurrido nada menos que cuatro meses. Aunque estamos en Knaryl, vinimos, sin embargo, a una zona completamente desierta, a seiscientos kilómetros del centro de población más cercano. Es de suponer que, conocida tu fuga, Nuboo haga vigilar estrechamente los tres astropuertos del planeta. Perderá el tiempo.

—¿Lo crees así?

—Estoy absolutamente seguro. Lo peor que podríamos hacer es emprender inmediatamente el viaje a la Tierra. Es preciso dejar que se «enfríe» la cosa.

Sphylla sonrió débilmente.

—Si tú lo dices... Sin embargo, es absolutamente necesario que volvamos a la Tierra. Lo único que siento es que me encuentro incapaz de dar un paso.

—Ya te repondrás —aseguró Archer—. De modo que no te desagrada el viaje a mi planeta.

—Sobre todo, si se piensa en lo que deje allí y que debo recuperar, para evitar que, al fin, Nuboo se salga con la suya.

Archer parpadeó.

—;Qué dejaste allí? Porque, si no estoy mal informado, Nuboo recuperó la valija con los documentos.

—El gran error de Nuboo fue dejarme con vida —respondió la joven.

* * *

Archer se había preparado durante algún tiempo y disponía en aquellos parajes de todo lo necesario para sobrevivir sin apuros. A poca distancia, había una hoya, de paredes muy empinadas, con abundante vegetación y el agua que procedía de una cascada cercana y que formaba un pequeño estanque antes de continuar su curso Levantó dos tiendas de campaña a la sombra de los árboles y estableció, un campamento en el que habían de permanecer seis semanas por lo menos.

Aunque aquellos parajes estaban desiertos, sólo se aventuraba a salir de noche. Para hacer las comidas, disponía de un hornillo eléctrico, a baterías, de carga prácticamente ilimitada. No obstante, descubrió una grieta entre dos rocas y estableció allí una especie de hogar que, sin embargo, no encendía más que por las noches y no en todas las ocasiones.

A veces, salía a cazar, siempre por la noche. Aunque tenía el convencimiento de que no localizarían el escondite, prefería evitar los riesgos.

—La seguridad ante todo —decía una y otra vez.

—Sí, seguridad —convino Sphylla, una semana más tarde—. Pero tenemos por delante el principal problema. ¿Cómo embarcar?

Archer le guiñó un ojo.

—Tendrás que poner a prueba tus dotes de actriz —contestó evasivamente.

Los días transcurrían lentamente, pero Sphylla se recuperaba a ojos vistas. Dos semanas después, ya pudo dar los primeros paseos: Había recobrado el color y, de cuando en cuando, se tendía al sol, para tostar un poco su piel. Pronto volvería a ser la hermosa mujer que Archer había conocido en el momento de la rendición.

—Parece que fue hace un siglo —murmuró una noche, con la vista fija en las llamas de la pequeña hoguera en la que estaba asando un animal semejante a un conejo terrestre.

—¿Qué pasó hace un siglo? —preguntó Sphylla.

—Yo me rendí, te entregué mi espada y tú me la devolviste. Luego, tus tropas nos rindieron honores a los supervivientes de Fuerte Seguridad... y yo me retiré a la vida privada.

—¿Lamentas no continuar llegando un uniforme?

Archer hizo una mueca.

—Siempre duele cuando quieres una cosa con toda el alma y te la arrebatan bruscamente. Pero también es cierto que todos los dolores se mitigan y hasta llega un día en que uno se pregunta si aquello que tanto quería valía la pena. Volver a la Armada ahora, ¿para qué?

—Entonces, te has resignado. Cayo.

—No soy de los que se dan cabezadas contra las paredes por haber perdido algo, sobre todo, cuando se ha luchado honorablemente. Lo que pasó, pasó y nada puede devolverlo. En cambio, tú, si triunfas, recobrarás tu rango y volverás a mandar una división de astronaves de combate. ¿No es cierto?

—Según. Depende. Veremos...

—No estás muy decidida, parece.

—No lo estoy, Cayo. También me he desilusionado un poco. Pero eso es mucho menos importante que lo que tenemos que hacer.

—Debo estar loco para ayudarte. Tú, un enemigo de mi planeta...

—Algún día sabrás que aquellas batallas no fueron en vano, Cayo.

—No menciones más ese asunto, por favor —dijo el malhumorado—. Nosotros no declaramos la guerra, no iniciamos ningún ataque..., pero murieron cientos de miles de terrestres, que ahora deberían estar vivos. En Fuerte Seguridad estábamos más de dos mil soldados de ambos sexos. Sobrevivimos solamente veinticinco. ¿Cómo quieres que piense bien de vosotros, los knarylitas?

Ella le miró fijamente, impávida ante la furiosa respuesta del joven.

—Cayo algún día conocerás la verdad entera y tendrás que rectificar tus esquemas mentales —manifestó serenamente.

—¿Y por qué no me lo dices tú ahora, eh'

—Porque no me creerías y sólo espero a presentarte las pruebas oportunas para que sepas cuál es la auténtica verdad de todo este asunto.

Archer separó el asado del fuego y. probó una brizna de carne.

—Bueno, dejemos la discusión para otro momento. La cena está a punto, señora —exclamó.

* * *

La estancia en aquellos parajes tocaba ya a su fin. Según las prescripciones del diagnosticador universal, sólo faltaban tres días para que la joven se considerase completamente restablecida. Archer empezó a pensar en la forma de atravesar las barreras policiales que, sin duda, habrían establecido en los astropuertos. Había ideado una solución hacía tiempo y sólo era preciso entrenar debidamente a Sphylla.

Entró en su tienda de campaña y revolvió algunos bultos del equipaje.

Sphylla no estaba a la vista y la llamó. Ella no contestó.

—¡Sphylla! —repitió él, elevando el tono, de su voz.

El silencio prosiguió. Archer empezó a preocuparse.

De pronto, se inclinó y metió la cabeza en la tienda que ocupaba la joven. Sphylla no estaba allí, aunque sí vio su cinturón individual de traslación instantánea, lo que le hizo sentirse no poco aliviado.

—Al menos, no se ha largado... Pero ¿dónde...?

Volvió a salir y recorrió los alrededores. De pronto, se paró en seco.

Sphylla estaba en pie, sobre una roca situada al borde del estanque, completamente desnuda y en actitud abstraída, parecía a primera vista. Ella se había recobrado ya por completo y era la mujer de singular belleza que había admirado Archer por primera vez hacía ya dos años y medio. En silencio, admiró las espléndidas formas de aquella estatua viviente, en la que únicamente se advertían los movimientos de ascenso y descenso de sus turgentes senos.

—Si pronuncio una palabra, se romperá el hechizo y ella se deshará como si se convirtiese en polvo —murmuró.

Súbitamente, Sphylla juntó las manos sobre la cabeza, tomó impulso y se lanzó al estanque.

—Ah, quería darse un baño. Archer respiró, muy aliviado. Esperaría a que Sphylla regresara. Dio media vuelta y se sentó delante de las tiendas.

Sphylla volvió casi una hora más tarde, envuelta en una toalla, con el espléndido pelo negro suelto sobre las espaldas. Sujetándose la toalla con una mano, se arrodilló frente al joven, a la vez que le miraba en silencio.

Luego, lentamente, se sentó sobre los talones.

—Estuviste viéndome —dijo, tras un largo espacio de silencio.

—Te buscaba y me alarmé, aunque me tranquilicé muy pronto al ver que ibas a bañarte. Pero no me quedé a prolongar el espectáculo.

—¿Te agradó?

—Era fascinante.

Sphylla sonrió imperceptiblemente.

—Estoy recuperada en todos los aspectos —dijo.

Archer calló unos instantes.

Sphylla se le aparecía turbadoramente hermosa, llena de esplendorosos atractivos, absolutamente deseable. Durante unos instantes, se sintió invadido por un ardiente fuego, pero hizo un tremendo esfuerzo y consiguió dominarse.

—Sphylla, no lo tomes como desprecio, pero no podemos perder tiempo —dijo.

—Tenemos todo el tiempo del mundo, Cayo.

—No. Es preciso que nos entrenemos, sobre todo tú para poder viajar sin dificultades. Mira, por favor.

Entre los objetos que Archer tenía en las manos, figuraba una fotografía, que entrego a la joven. Sphylla intrigada, examinó a la mujer que estaba allí retratada.

—¿Quién es esta anciana? —preguntó, muy intrigada.

—La señora Helena van Draysen, de la Tierra, que regresa a su planeta al haber recibido noticias poco agradables sobre la salud de su esposo. Viaja acompañada de su hijo Peter Joseph y ocuparan dos camarotes contiguos en la astronave «Reina de la Galaxia».

Sphylla asintió. .

—Creo que te entiendo. Yo me caracterizare adecuadamente y tú serás el hijo.

—En efecto. Ella es una dama un tanto excéntrica, amiga de conocer mundos y países extranjeros. Su marido está muy ocupado con sus negocios, por eso la acompañó su hijo, un joven medio tonto, que es incapaz de separarse de las faldas de su enérgica madre.

—Un plan muy bien ideado, si no fuese por un pequeño fallo, que puede estropearlo todo.

—¿Cuál es el fallo, encanto?

—Los esbirros de Nuboo harán averiguaciones y sabrán que todo es una comedia...

—Sólo hasta cierto punto, porque la señora Van Draysen y su hijo Peter Joseph llevan ya seis semanas en un hotel de lujo de la capital de Knaryl. El día acordado, partirán nacía el aeropuerto y, en el camino, se quitarán los disfraces que han estado utilizando hasta ahora y que serán los que empleemos nosotros. Entonces, se convertirán en un joven matrimonio, en luna de miel, señor y señora Harkless. Y volverán a la Tierra como tales, es decir, con su aspecto legítimo.

—Lo has planeado bien, ¿verdad?

—No puedo permitirme el lujo de tener fallos. Los Harkless son buenos amigos míos y decidieron ayudarme apenas se lo pedí.

—Pero si llegaron bajo el aspecto de los Van Draysen...

—Tal vez sospechen que somos nosotros y, en efecto, les interrogarán. Pero encontrarán sus pasaportes, con los visados adecuados y, lo que es más importante, las auténticas huellas dactilares y la fórmula biológica. A nadie se le ocurrirá molestar a la afligida señora Van Draysen y al tonto de su hijo.

—Comprendo. Ahora yo tengo que aprender a moverme como Helena...

La luz del sol se oscureció durante una fracción de segundo. No había ninguna nube en el cielo y Archer levantó la vista instintivamente.

Torció el gesto en el acto.

—Sphylla, me parece que vamos a tener complicaciones —dijo—. Vístete en el acto —ordenó.

CAPITULO XI

El aeromóvil descendió lentamente, nimbado por una aureola muy tenue, de color azulado. Ocultos entre el ramaje, Archer y la joven contemplaron, el descenso del aparato.

—Nos han localizado —murmuro Sphylla, muy nerviosa.

—Casi lo encuentro lógico. Si la vigilancia de Nuboo ha dado sus frutos, ahora sabe que aún estamos en Knaryl. Por tanto, habrá desplegado a todos sus esbirros, con orden de encontrarnos a toda costa.

—Cayo, tenemos cinturones de traslación instantánea —dijo ella—. Podríamos marcharnos inmediatamente...

—No —contradijo Archer.

—¿Por qué?

—Fíjate en el halo azul que rodea el aeromóvil. Nuboo sabe ya que te escapaste, utilizando un cinturón de traslación instantánea. Ese halo es energía anuladora de la del cinturón. No nos moveríamos un paso y, en el supuesto de que lo consiguiéramos, no volveríamos a reintegrarnos a nuestros cuerpos.

—Permaneceríamos convertidos en partículas invisibles—se estremeció ella.

—Muertos instantáneamente —corroboró el.

Durante unos momentos, el aeromóvil evolucionó sobre la cascada y el estanque. Hubo un instante en que Archer, esperanzado, creyó que el aparato iba a alejarse, pero, de pronto, vio que descendía directamente hacia las inmediaciones del campamento.

—Sphylla, me parece que va a haber jaleo —anunció.

—¿Tenemos armas? —preguntó ella resueltamente.

Archer le enseñó las manos.

—Estas son nuestras armas —contestó.

—Oh, no... —gimió Sphylla.

—Pero cuando desembarquen, tendrán que separarse. Entonces, atacaremos. Tu quédate quieta y déjame actuar. ¿Entendido?

—Sí, Cayo.

Archer se agachó, buscó un par de piedras de buen tamaño y volvió a erguirse.

—Armas prehistóricas —sonrió.

El aeromóvil había aterrizado ya. Media docena de hombres salieron, todos ellos armados con unos extraños fusiles. Uno de los guardias movió la mano y gritó algo. Los demás empezaron a separarse.

—Son fusiles paralizantes —susurró la joven.

—Lógico. Nuboo nos quiere vivos.

—Podría ordenar que nos desintegrasen...

—Quiere tener la seguridad de que estamos muertos, es decir, desea verlo con sus propios ojos. En su lugar, yo también haría lo mismo. Hay cosas en las que no se puede creer, mientras no las ve uno por sí mismo.

Sphylla asintió. Archer tenía razón. De pronto, uno de los guardias avanzó en línea recta hacia el lugar en que se encontraban.

Archer dio un paso a la izquierda. El soldado se adentró en el ramaje. Súbitamente, un brazo se enroscó en torno a su cuello.

Sphylla, viva como el rayo, le arrebató el fusil. Archer mantuvo la presión, hasta que sintió que el hombre perdía el conocimiento. Después de soltarlo, movió una mano.

—Por la izquierda —indicó—. Procura acertar a la primera.

Ella asintió. Archer se deslizó como un gato, acercándose a un soldado que hurgaba con su

fusil entre los arbustos.
El hombre estaba vuelto de espaldas. Archer le tiró una piedra.
Instantes después, tenía en las manos un fusil paralizante. De pronto, alguien lanzó un agudo grito.
—¡Aquí, aquí!
«Ya han descubierto las tiendas», pensó él.
Dos hombres corrieron a través del claro. Uno de ellos pareció tropezar con algo y cayó de bruces.
El otro, irresoluto, se detuvo, mirando a todas partes. Bruscamente, se llevó una mano al cuello, como si le hubiese picado una avispa. Dijo algo entre dientes, pero, unos segundos más tarde, se desplomó fulminado.
Había otro ante la escotilla del aeromóvil. Archer apuntó con todo cuidado y apretó el disparador. En el mismo instante, sintió un vivo pinchazo en el costado.
—Maldición, me han alcanzado —gruñó.
Los efectos del anestésico eran poco menos que instantáneos. Quiso correr, pero las fuerzas le fallaron súbitamente y cayó de bruces. Cuando su cara tocaba la hierba, perdió el conocimiento.

* * *

Abrió los ojos más tarde, después de un tiempo cuya duración no supo precisar. Vagamente se dio cuenta de que estaba medio recostado en algo blando y trató de levantarse.
—Será mejor que no te muevas —sonó la voz de la joven.
—Sphylla...
—Estamos a salvo —aseguró la joven—. Pude dormir al soldado que te disparó. Luego te lleve al aeromóvil y lo hice despegar.
—Peso casi noventa kilos, hermosa.
—El cinturón también sirve como medio de transporte en distancias de pocos metros. Naturalmente, antes desconecté el anulador de traslación instantánea.
—Eres lista, almirante. ¿Qué ha sido de los soldados?
—Se quedaron allí. Tendrán que caminar mucho, antes de regresar a sus cuarteles.
—Los echarán en falta —alegó él.
—Sin duda, pero ¿qué otra cosa podía hacer?
—Sphylla, nos hemos salvado de momento, pero me parece que hemos perdido la partida —dijo Archer desalentado.
—¿Por qué? —se sorprendió la joven.
—Los documentos falsos, los disfraces...
—No te preocupes. Todo está a bordo. Puede que no sea lista, pero tampoco soy una chica tonta.
—Al contrario, eres... Bueno, ¿adónde vamos ahora?
—Conozco un sitio en el que no podrán encontrarnos-. Es una cueva situada en un paraje solitario. Mi padre me llevaba allí cuando era pequeña. El aeromóvil cabe perfectamente en su interior y no podrán localizarlo, aunque detecten pronto su pérdida. Allí pasaremos los tres días que nos faltan hasta la partida de la «Reina de la Galaxia».
—Piensas en todo —dijo él.
—Estoy empeñada en llegar hasta el final, Cayo.
—¿Merece la pena, Sphylla?
La joven vaciló un momento.
—Todavía hay cosas que ignoras y que, por el momento, no puedo revelarte. Pero debo seguir hasta el final, cueste lo que cueste —dijo al cabo, serena pero enérgica.
—No me importa gran cosa. La verdad, lo único que me interesa es que se acabe todo esto cuanto antes.
—Para volver a hacer de Cincinato, si no me equivoco.
—Aciertas, princesa. —Archer emitió un gruñido—.- Me siento muy cansado...
Sphylla se echó a reír.

—Ahora me tocará cuidar de ti. El anestésico de los proyectiles paralizantes es muy potente, precisamente por su misma intensidad, que le proporciona efectos tan rápidos. Si se aplicase con dosis de menor graduación, los efectos secundarios no se notarían apenas. A ti te durarán, al menos, cuarenta y ocho horas, durante las cuales te sentirás tan débil como un niño de pocos años.

—Entonces, procura cuidarme como merezco. Pero no te muestres tan tentadora como después del baño

Sonó una alegre carcajada.

—El anestésico inhibe también ciertas funciones biológicas —contestó—. Sería tanto como provocar a un poste. Cayo.

—Pero no es definitivo... —se alarmo él.

—Puedes estar tranquilo. Cuando te repongas, volverás a la normalidad en todos los sentidos.

—¡Uf, menos mal! —dijo Archer, muy aliviado. Ella le miró y sonrió. Luego hizo una pregunta: —¿Crees que podré convertirme en una anciana afligida, pero todavía guapa?

—De eso no me cabe la menor duda —respondió el joven.

* * *

La anciana, apoyada con una mano en un bastón de puño de plata y con la otra en el brazo de su hijo, avanzó lentamente hacia el control de salida del astropuerto. Archer, en su papel de joven estúpido, apreció que había un gran número de guardias por todas partes.

—Esto no me gusta nada —bisbiseó.

—Nuboo sabe ya que nos localizaron, pero que conseguimos escapar —contestó la joven en el mismo tono-. Por tanto, resulta lógico que haya redoblado la vigilancia en los astropuertos.

Una pareja pasó por su lado, riendo alegremente.

—Un mundo maravilloso —dijo la señora Harkless.

—De acuerdo, querida —contestó su esposa—. Pero, donde esté la Tierra...

Los Harkless pasaron el control sin dificultad. Archer y Sphylla se acercaron al oficial.

—Vamos, hijo, saca los papeles —dijo ella—. Y dale una buena propina a este caballero. Que no se diga que los terrestres somos unos tacaños.

—Muchas gracias, señora Van Dreysen —contestó el oficial—. Pero no admitimos propinas...

—Oh, vamos, vamos, joven, eso pasa en todo el mundo. Además, no es un soborno, como puede comprender... Peter Joseph, hijo, ¿eres tonto o qué? Oficial, a veces me pregunto qué hice yo para merecer este hijo tan poco espabilado...

—Sí, mamá, ahora sacaré los documentos... Es que los había revuelto con unos folletos turísticos...

—Sí, sí, folletos turísticos... ¿No serían de propaganda de cierto teatro al que te escapaste hace dos noches?

El oficial se echó a reír.

—Señora, su hijo es joven y necesita expansiones... propias de un hombre —dijo.

—Sí, pero es que el teatro al que fue no actúan mujeres.

—Oh... —El oficial desvió la mirada—. Lo siento, señora.

—Mi hijo es una cruz —gimió la señora Van Dreysen—. Y, por si fuese poco, a mi pobre marido le van mal las cosas..., quiero decir que está muy delicado... No sé si llegaremos a verle con vida... ¡Peter Joseph! ¿Terminas de una vez?

—Sí, mamá, ya estoy... Oficial, aquí tiene los documentos...

El oficial los examinó superficialmente, estampó unos cuantos sellos y luego movió la mano.

—Todo listo, señora Van Dreysen.

—Gracias, muy amable, joven.

—Buen viaje, señora. Ojalá no sea nada lo de su esposo.

—Por desgracia, nos... ¡Hijo, deja de mirar a aquel hombre de una vez! —clamó la

supuesta anciana—. Con la cantidad de mujeres hermosas que hay en este mundo...

Archer y Sphylla se acercaron a la pasarela deslizante que les conduciría a bordo de la astronave.

—He visto a Nuboo —murmuró él.

Sphylla se estremeció.

—¿Seguro, Cayo?

—Seguro. Estaba a menos de diez pasos, vestido con ropas corrientes. Creo que nos detectó.

—Dios mío, todo se va a echar a perder...

—Dentro de la nave, no hará nada. Es un aparato terrestre y no provocará incidentes que puedan comprometerle. Me preocupa más a la llegada a la Tierra.

—¿Tú crees?

—Sí. Y cada vez estoy más seguro de que nos ha identificado.

—¿Por qué, Cayo?

—El oficial no nos había visto nunca hasta ahora. ¿Cómo supo que eras la señora Van Dreysen, sin haber visto siquiera tu pasaporte?

Ella sintió que se le suspendía la respiración.

—Tendrá esbirros aguardándonos en la Tierra —dijo.

—Sí, pero les daremos esquinazos también.

—¿De qué forma, Cayo?

—Las naves terrestres no necesitan llevar halos anuladores de los cinturones de traslación instantánea. Y yo he traído los nuestros, ¿comprendes?

—Eso significa que...

—Significa que desapareceremos de la nave apenas hayamos entrado en la atmósfera terrestre —contestó Archer.

Ya estaban en el portalón de acceso. Archer movió una mano galantemente.

—Tú primero, mamá —añadió.

CAPITULO XII

La excavadora se hallaba a unos cientos veinte metros de la superficie. Había sido hundida por el sencillo procedimiento de abrir unos agujeros en el fondo, de modo que no había sufrido otros daños. Provistos de trajes que anulaban la presión. Archer y la joven descendieron hasta la máquina hundida.

Archer quedó en las inmediaciones, vigilando para evitar inoportunos contratiempos. Ella penetró en la perforadora y volvió a salir a los pocos momentos con una caja en las manos.

Archer sonrió tras la máscara de vidrio. Luego iniciaron el ascenso.

Nadaron hasta la playa, en donde se despojaron de los trajes de inmersión.

—¿Estará en buenas condiciones? —preguntó él.

—Es una caja estanca al vacío espacial, de modo que tampoco ha tenido que sufrir por los largos meses de permanencia en el fondo del mar —contestó la joven.

—Bueno, con esto le hemos arrancado los dientes a Nuboo. Supongo que ahora tendremos que hacer el viaje de vuelta nuevamente a Knaryl.

—Ah, piensas venir conmigo... —sonrió Sphylla.

—Era sólo una frase. Yo ya no me muevo de la Tierra.

—Comprendo. De todos modos, me pasarás la nota de gastos. Debes recuperar lo que es tuyo.

—Gracias. Bien, ¿volvemos al hotel?

El aeromóvil estaba posado a poca distancia. Una hora más tarde, Archer y la joven entraban en la suite que ella había tomado en el «Emperador Gorthon».

Sphylla se soltó el pelo y agitó la cabeza.

—Cayo, pide algo de comer —rogó—. Mientras tanto, yo tomare un baño...

—¿Necesitas que te frote la espalda?

La joven gritó. Archer se puso rígido.

Nuboo salió del dormitorio, seguido de dos de sus más fieles secuaces: el delegado Fraaz y el coronel Doccel. Doccel tenía en la mano una pistola.

—El arma es desintegrante —dijo Nuboo, tras una leve pausa—. Eso quiere decir que no quedará el menor rastro de los dos. Naturalmente, después de que me hayan entregado esa caja.

—¡No! —gritó Sphylla desesperadamente.

—No estás en situación de oponerte —aseguró Nuboo—. Confieso que fuiste muy astuta y que no hubiera sospechado nada de no ser por la insistencia en volver a la Tierra. ¿Para qué regresar, si ya no podías hacer nada contra mí? Tenía que haber un motivo oculto y lo encontré. Está dentro de esa caja; son las fotografías que tomaste de los documentos que fueron sustraídos de la caja fuerte. ¿Por qué, Sphylla?

—Era una simple precaución. Ni siquiera me fiaba de Nirr.

—Ah, ya, el gran consejero de su majestad... Pero no temas, sigue siendo indignantemente leal al emperador. Aunque, como puedes comprender, no podrá hacer ya nada contra mí.

—Ni contra sus amigos terrestres, ¿verdad?

Nuboo se puso rígido.

—¿De qué estás hablando, muchacha?

—Oh, tuve mucho tiempo para examinar los documentos, mientras la excavadora se movía bajo la tierra y hacia el mar. Sí, el gobierno de la Tierra quería unirse al Imperio, pero sabía que era una decisión impopular. El presidente y sus ministros pactaron con usted secretamente, pero en esta clase de pactos siempre hay documentos que comprometen a ambas partes. Una anexión por parte del Imperio no habría sido bien vista, sin la anuencia de los terrestres. Por tanto, ¿qué mejor excusa que una guerra?

—Sphylla, ¿hablas en serio? —preguntó Archer, completamente asombrado.

—Sí, es cierto y... Mira la cara del traidor y sabrás que he dicho la verdad. Fue el mismo gobierno de la Tierra el que provocó un conflicto inevitablemente perdido desde que se dispararon las primeras salvas. La ambición de Nuboo no conoce límites y sabía que un planeta como el tuyo, con una civilización superior a la demás en todos los aspectos, le era absolutamente necesario, si quería conseguir sus objetivos.

—Los he conseguido —declaró Nuboo—. Ahora, todas las pruebas están en mi poder. Nadie podrá acusarme de nada, muchacha.

—Yo no diría eso, consejero —sonó de pronto otra voz.

Archer se volvió en el acto. Sphylla, no menos sorprendida, giró también en redondo.

—¡Consejero Nirr! —exclamó.

Un hombre alto, de aspecto majestuoso y mirada firme, avanzó unos cuantos pasos a través de la sala. Cuatro hombres uniformados le siguieron inmediatamente.

—Nuboo, en nombre de su majestad imperial, te comunico que estás arrestado. Serás conducido a Knaryl, en donde se te juzgará por alta traición, lo mismo que a tus cómplices.

Un profundo silencio gravitó de repente sobre la estancia. Nuboo, aturdido, abría y cerraba la boca como un pez fuera del agua.

Fraaz aparecía lívido, mientras que Doccel vacilaba visiblemente. Archer se dio cuenta de que el policía buscaba desesperadamente una solución que le permitiese librarse del compromiso en que se hallaba.

Súbitamente, Nuboo pareció perder la razón. Archer se dio cuenta de que el consejero trataba de huir a toda costa. Se sabía totalmente derrotado y en su mente sólo había ahora una idea fija: escapar al castigo.

—¡Tu pistola, coronel Doccel! —aulló.

Archer saltó hacia Sphylla y, agarrándola por la cintura, la apartó a un lado. Nuboo y Doccel forcejearon unos instantes.

Nirr dio unos pasos en sentido lateral y tendió la mano hacia los dos contendientes.

—Cuidado —advirtió a los guardias.

Cuatro pistolas encañonaron en el acto a Nuboo y a su esbirro. Pero, de repente, el índice de Doccel se cerró involuntariamente sobre el disparador de la pistola.

Se oyó un seco chasquido. Nuboo no tuvo tiempo de gritar.

Durante unos pocos segundos, pero que, a todos los presentes les parecieron siglos, Nuboo permaneció visible, erguido y, sin embargo, inmóvil. Al mismo tiempo, su cuerpo se hacía transparente, cada vez con mayor rapidez hasta que, casi de repente, se desvaneció en una leve columnita de humo que no tardó en disiparse en la atmósfera.

Doccel, aterrado por lo ocurrido, tiró el arma.

—Yo no quería... —balbució.

—Quizá nos ha hecho un favor, coronel —dijo Nirr fríamente. Agitó la mano—. ¡Llévenselos! —ordenó.

Momentos más tarde, Archer y Sphylla quedaban a solas con el consejero.

—Habéis hecho una buena labor —elogió Nirr—. Su majestad lo tendrá en cuenta.

—Ese degenerado... —barbotó el joven—. Oiga, consejero, ya sé que mi opinión no vale un pimiento, pero, por favor, otra vez que tengan problemas en Knaryl, no vengan a solucionarlos en nuestro planeta.

Nirr sonrió enigmáticamente.

—Almirante, sospecho que esta encantadora joven, su contraparte en rango, no le ha contado todo lo que sabe, sin contar con que también ella ignora algunas cosas. Por ejemplo, el comportamiento de su majestad durante estos últimos tiempos. Es cierto que empezó a descarriarse y realizó cosas poco agradables, aunque, por fortuna, supo corregirse a tiempo. Entonces fue cuando tuvimos noticias de la conspiración. Un plan tan sofisticado no se ejecuta en unos pocos días, así que, por mi consejo, su majestad continuó desempeñando el papel de un hombre lleno de vicios y desentendido por completo del gobierno. Ello engaño a Nuboo y su grupo nos permitió operar con mayor efectividad, aunque hemos de admitir que sufrimos ciertos contratiempos, que se superaron gracias a ustedes.

—Pasé casi un año en galeras —se quejó la muchacha—. Y yo no sabía nada...

—Era necesario. No podíamos liberarte, porque ello hubiera puesto sobre aviso a los conspiradores. De todos modos, puedes estar segura de que no habríamos permitido tu muerte.

—Ha hecho músculos —rió Archer—. De modo que Gorthon ha resultado ser un buen chico.

Nirr le dirigió una mirada enigmática.

—Es más que un buen chico—contestó—. El, realmente, fue quien dirigió todas las operaciones que podríamos llamar de contraataque. Pero tampoco podía hacer gran cosa, sin los documentos reunidos por Nuboo. Ahora ya los tenemos y más de uno tendrá que lamentar haber hecho cosas o firmado documentos comprometedores.

Nirr se apoderó de la caja que contenía los rollos de fotografías.

—Debo decirles una cosa —añadió—. Es voluntad de su majestad imperial, que asistan a la ceremonia de promulgación de la nueva Ley Galáctica, que se celebrará en el palacio imperial él día veinte del próximo mes de mayo, calendario terrestre. Tanto usted, Archer, como Sphylla, deberán asistir en uniforme de gran gala.

—A mí me hicieron dimitir —recordó el joven.

—Cómprese el uniforme —insistió Nirr enigmáticamente— Aunque, me parece, conserva la espada que la almirante Hronor no quiso aceptarle cuando se rindió.

—Es lo único que me queda, señor.

—Y su honor, almirante —dijo Nirr enfáticamente.

* * *

El gran salón estaba totalmente abarrotado de personajes de alto rango. Cerca del estrado donde se hallaba el trono, casi quinientas personas de ambos sexos, todas ataviadas de la misma manera, formaban dos espesas hileras a ambos lados. Eran los nuevos delegados de Gorthon en el Imperio: mantos escarlatas y vestiduras blancas, con el cinturón plateado en el que campeaba el sello imperial.

Había muchas más personas: almirantes, ministros, generales... Y también estaban Archer y Sphylla, ambos con los uniformes prescritos para la ocasión.

Gorthon, apareció escoltado de una guardia de honor, y miles de cabezas se inclinaron respetuosamente. A los pocos momentos, dio comienzo a su discurso:

—... Destruida la conspiración, arrestados los traidores..., cientos de virreyes han sido relevados y sustituidos por los que actuaban bajo mis órdenes, sin que los traidores lo supieran... Por dichas razones, hemos dispuesto que el cargo de delegado imperial sea excluido en lo sucesivo de las listas de nombramientos de altos funcionarios... Ese cargo será ocupado por los propios jefes de Estado Planetario, si bien tendrán un representante personal nuestro, que no tendrá absolutamente ninguna función ejecutiva, limitándose a la mera representación simbólica de nuestra Imperial Autoridad... Es nuestro deseo que todos los pueblos de nuestro Imperio vivan en paz y de acuerdo con sus leyes y costumbres ancestrales, aunque siempre reconociéndonos, a Nos o a nuestros sucesores, como cabezas visibles del Imperio...

«Una ley muy justa», aprobó Archer mentalmente.

—Y ahora —continuó Gorthon—. Nos deseamos nuestra gratitud a dos leales súbditos, originarios de distintos planetas, quienes, deponiendo sus diferencias en aras del interés común, lucharon denodadamente por el Imperio y sin cuya ayuda, la traición habría alcanzado sus objetivos. Almirantes Archer y Hronor, acercaos.

Archer y la joven adelantaron unos pasos y doblaron la rodilla delante del Emperador.

—Os doy las gracias públicamente —dijo .Gorthon—. Los honores, las recompensas prácticas, no han sido ni son costumbre nuestra. Quiero que mis palabras valgan más que cualquier cosa material y que todo el mundo lo considere así. De todas formas, sí hay algo que os agradará, y es el ascenso que, como comandante en jefe de todas las fuerzas imperiales, os concedo por vuestros méritos, para que seáis almirantes en jefe a partir de este mismo instante. Gracias otra vez..., amigos.

Archer y Sphylla hicieron una profunda inclinación. Luego, Gorthon añadió:

—Ahora se va a celebrar una gran fiesta en los jardines. Espero teneros como invitados.

—Sí, majestad —contestaron les dos jóvenes al unísono.

Luego, Gorthon les mencionó algo sobre reorganización de las fuerzas de combate.

—El Imperio empieza a percibir ciertas lejanas amenazas, que proceden de lo más profundo de la Galaxia. Si nosotros fuimos una marea, que ya llegó a su punto culminante, en algún ignoto rincón del Universo, se está formando otra marea de proporciones incalculables. Tardará mucho tiempo, todavía, antes de que se haga una realidad; quizá siglos..., pero conviene que nosotros y nuestros descendientes estemos preparados, para afrontar la amenaza que nos permitirá preservar nuestra libertad e independencia.

—Estaremos dispuestos a ayudar al Imperio, cuando se nos necesite, pero, mientras tanto, señor, habréis de permitirnos que nos retiremos a la vida privada —dijo Archer.

Gorthon sonrió.

—Cincinato no quiere retirarse solo, ¿verdad? ¿Lo aceptas tú, Sphylla?

—Sí, majestad —contestó la joven.

—Entonces, os deseo toda la felicidad del mundo. Enviadme pronto noticias agradables —se despidió Gorthon.

Archer y Sphylla se contemplaron recíprocamente.

—De modo que te gusta la vida de granjera —dijo él.

—Me gusta la vida a tu lado —contestó la joven.

—Entonces, podríamos empezarla de inmediato, ¿no te parece?

—De acuerdo, pero ¿cómo? ¿Dónde?

—Recuerdo un campamento solitario, una cascada, un estanque...

Los ojos de Sphylla centellearon.

—Un magnífico comienzo —aprobó—. ¿Ya, Cayo?

—Sí, pero aguarda un momento. Quiero desquitarme de cierta faena que me hiciste. Juré que lo haría algún día y...

La mano de Archer se movió velozmente. Se oyó un fuerte chasquido y Sphylla dio un salto, a la vez que llevaba ambas manos al final de la espalda.

—Conque ése era el desquite —sonrió.

—No hubiera dejado de hacerlo por nada del mundo —aseguró él—. Pero ya no habrá más zurras... Sólo...

—No lo digas —pidió Sphylla—. Hagámoslo cuanto antes, Cayo.

Con las manos juntas, echaron a correr.

FIN

EDICIONES CERES, S. A.
Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España 40 ptas. IMPRESO EN ESPAÑA, PRINTED IN SPAIN